

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Un mes	4 rs.
Tres meses	10
Seis meses	20
Un año	38

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE

Un año 48 rs.

Con la facilidad de efectuar el pago en una, dos, tres ó cuatro veces, anticipado.



Mientras el soldado leía, Antinahuel, inclinado hácia él por detrás, parecía que también quería leer. (Pág. 258, columna 4.ª)

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD,

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 69).

El Toqui se inclinó gravemente.

El general colocó el papel delante de sí, escribió rápidamente algunas líneas y firmó.

— Tome V., jefe, dijo presentando el papel á Antinahuel; hé ahí lo que V. ha pedido.

— Bueno, contestó este tomándolo.

Volvió el papel por todos lados, buscando probablemente lo que el general había escrito; pero como puede comprenderse, todos sus esfuerzos quedaron sin resultado.

D. Pancho y doña María le seguían atentamente con la vista.

Al cabo de un instante el jefe hizo una seña al Ciervo Negro.

Este salió y volvió á entrar casi en seguida con dos guerreros que conducían en medio de ellos á un soldado chileno. El pobre diablo no había podido seguir á sus compañeros cuando se escaparon, por tener una herida bastante grave en una pierna. Estaba pálido y dirigía miradas de terror en torno suyo.

Antinahuel se sonrió al verle.

— Moro-Huinca, le dijo con rudo acento, ¿sabes explicar lo que hay sobre el papel?

— ¿Qué? repuso el soldado, quien no comprendía aquella pregunta que estaba muy lejos de esperar.

El general tomó entonces la palabra y le dijo:

— El jefe te pregunta si sabes leer.

— Si señor, dijo el herido balbuceando.

— Bueno, dijo Antinahuel. Toma, explica eso.

Y le dió el papel.

El soldado le tomó maquinalmente.

Le dió vueltas entre sus dedos.

Era evidente que el infeliz, embrutecido por el terror, no sabía lo que exigían de él.

El general detuvo con un gesto al jefe, á quien impacientaba aquella escena, y dirigiéndose de nuevo al soldado, le dijo:

— Amigo mio, puesto que sabes leer, te ruego tengas la bondad de explicarnos lo que hay en ese papel: ¿no es eso lo que V. desea, Toquí? añadió dirigiéndose al jefe.

Este inclinó afirmativamente la cabeza.

El soldado, cuyo terror se había calmado algún tanto, merced al acento afectuoso que el general había tomado al hablarle, comprendió al fin lo que esperaban de él. Fijó los ojos en el papel y leyó lo que sigue con voz temblorosa y entrecortada por un resto de emoción.

« El infraescrito, D. Pancho Bustamante, gene-

ral de division, ex-ministro de la Guerra de la república chilena, se compromete para con Antinahuel, gran Toquí de los araucanos, á abandonar en completa propiedad á él y á su pueblo, para que lo disfruten y dispongan de ello á su antojo ahora y siempre, sin que nunca se les pueda poner en duda su legítima propiedad: 1.º la provincia de Valdivia; 2.º la provincia de Concepcion, hasta veinte millas de la ciudad de Talca. Ese territorio pertenecerá en toda su longitud y latitud al pueblo araucano, si el Toquí Antinahuel, con el auxilio de un ejército, me restablece en el poder que he perdido, y me suministra los medios de retenerle en mis manos. No cumpliéndose esta condicion por parte de Antinahuel en el espacio de un mes, á contar desde la fecha del presente tratado, con pleno derecho será considerado como nulo.

»En fé de lo cual firmo con mi nombre, apellido, grados y honores.—D. PANCHO BUSTAMANTE, general de division y ex-ministro de la Guerra de la república chilena.»

Mientras el soldado leía, Antinahuel, inclinado sobre su hombro, parecia que tambien procuraba leer.

Cuando hubo concluido, con una mano le arancó bruscamente el papel, y con la otra le sepultó su puñal en el corazon.

El desgraciado anduvo dos pasos hácia delante, con los brazos estendidos, los ojos desmesuradamente abiertos, tambaleándose como un hombre ébrio, y cayó al suelo lanzando un suspiro profundo.

—¿Qué ha hecho V.? exclamó el general levantándose súbitamente.

—¡Ooah! contestó el jefe con indiferencia doblando el papel que se guardó en el pecho; ese hombre acaso hubiera hablado mas tarde.

—Es verdad, dijo D. Pancho.

Un guerrero auca tomó el cadáver, se lo cargó sobre los hombros y salió del toldo.

Quedaba un ancho charco de sangre entre los dos hombres; pero ni uno ni otro pensaban en ello.

¿Qué les importaba á aquellos dos ambiciosos la vida de un hombre?

—Vamos, ¿qué dice V.? repuso el general.

—Mi hermano puede contar con mi concurso, contestó Antinahuel, pero ante todo es preciso regresar á mi aldea.

—Pero, jefe, dijo el general insistiendo; eso es perder un tiempo precioso.

—Intereses de la mayor importancia me obligan á regresar á mi toldería.

Doña María, que hasta entonces habia permanecido espectadora silenciosa, y al parecer desinteresada de cuanto habia pasado, se adelantó con lentitud, y parándose delante del Toquí, dijo friamente:

—Es inútil.

—¿Qué quiere decir mi hermana? preguntó Antinahuel con sorpresa.

—He comprendido la impaciencia que devoraba el corazon de mi hermano lejos de aquella á quien ama. Esta mañana he despachado yo misma un *chasqui* á los mosetones que conducian á la virgen pálida á la toldería de los puelches, con orden de hacerles retroceder inmediatamente y traer la joven virgen á mi hermano.

El rostro del jefe se mostró satisfecho.

—Mi hermana es buena, exclamó estrechándole la mano con efusion; Antinahuel no es ingrato, y se acordará.

—Pues que consienta mi hermano en hacer lo que desea el gran guerrero de los rostros pálidos, y me consideraré satisfecha, dijo la Linda con voz insinuante.

—Que hable mi hermano, dijo gravemente el jefe.

—Si deseamos triunfar, dijo D. Pancho, tenemos que obrar con la rapidez del rayo; se lo repito á V., jefe, á fin de que esté bien convencido de ello. Reuna V. todos sus guerreros y cítelos para el *Biobio*; nos apoderaremos de Concepcion por medio de un golpe de mano; desde allí marcharemos sobre Talca, que es una ciudad abierta, y si nuestros movimientos son rápidos, seremos dueños de Santiago, de la capital, antes de que hayan tenido tiempo para levantar las tropas necesarias para oponerse á nuestro paso.

—Bueno, contestó Antinahuel sonriendo; mi hermano es un jefe hábil, y triunfará.

—Si; pero ante todo es preciso que nos apresuremos.

—Mi hermano va á verlo, contestó el Toquí lacónicamente.

Volviéndose entonces hácia el Ciervo Negro le dijo:

—Mi hermano hará correr el *quipus* y la lanza de fuego. Dentro de diez soles, treinta mil guerreros han de estar reunidos en la llanura de *Condorkanki*. Los guerreros caminarán noche y dia para trasladarse al punto designado. El Ulmen que no conduzca sus mosetones será degradado y enviado á su aldea con un vestido de mujer. He dicho:

El Ciervo Negro se inclinó y salió sin contestar.

Veinte minutos despues, varios correos marchaban á rienda suelta en todas direcciones.

—¿Está contento mi hermano? preguntó Antinahuel.

—Si, contestó el general; muy pronto probaré al jefe que yo tambien sé cumplir mis promesas.

El Toquí dió orden de levantar el campo.

Una hora despues, una fila prolongada de ginetes desaparecia en las profundidades de la selva virgen que formaba los limites de la llanura.

En el campo abandonado solo habia quedado un guerrero.

Tenia orden de esperar la llegada de los mosetones que conducian á doña Rosario, á fin de guiarlos al sitio en que el Toquí iba á establecer su campamento antes de invadir á Chile.

Doña María y el general Bustamante eran felices. Creian conseguir al fin su objeto.

Imaginaban hallarse próximos á ver realizarse las esperanzas que alimentaban hacia tanto tiempo, de llegar al poder supremo y tomar una venganza sangrienta de sus enemigos.

Antinahuel solo pensaba en su amor hácia doña Rosario.

LXVIII.

DELIRIO.

Solo á pesar suyo habia consentido D. Tadeo de Leon en encargarse de nuevo de aquel poder tan pesado siempre en las revoluciones para las

almas realmente privilegiadas, y que ya la primera vez se habia apresurado á abdicar tan luego como creyó que la tranquilidad estaba restablecida en la república.

Seguia sombrío y pensativo á la tropa, que parecia mas bien que escoltaba á un reo de Estado que no al único hombre á quien reputaban capaz de salvar á la libertad del abismo hácia el cual se inclinaba y en el que amenazaba caer si no se la detenia en la pendiente terrible por la cual se precipitaba fatalmente, poniendo en juego la omnipotencia de su genio y de su voluntad.

Hacia algun tiempo que la tormenta habia estallado con furor sobre las cabezas de los ginetes que corrian silenciosos en medio de la noche bajo los esfuerzos de la tempestad, como los sombríos fantasmas de la balada alemana.

Cada cual, embozado en su capa, con el sombrero echado á los ojos, procuraba guarecerse del huracan.

D. Tadeo pareció que renacia al soplo ardiente de la tempestad, y tirando lejos de sí su sombrero á fin de que la lluvia inundase su abrasado frente, con la cabellera flotando al viento, la mirada ardiente, clavaba las espuelas en los ijares de su caballo, que relinchaba de dolor, y se precipitó hácia delante gritando con voz de trueno:

—¡Adelante! mis fieles soldados! adelante por la salvacion de la patria! adelante! adelante!

Al resplandor de un relámpago siniestro, distinguieron sus compañeros á aquel jinete que galopaba delante de ellos, haciendo saltar su caballo y trasponiendo todos los obstáculos.

Electrizados súbitamente por aquella vision singular, se precipitaron con resolucion en seguimiento suyo, lanzando gritos de entusiasmo.

Entonces, en la llanura, lanzados en medio de los árboles retorcidos bajo la poderosa mano de hierro del huracan que rugia con furia, hubo una carrera febril de la que nada puede dar una idea imposible de describir.

D. Tadeo con el corazon destrozado por tantos dolores como le habian asaltado á la vez, se hallaba presa de un vértigo, de un delirio, que si se prolongaba, amenazaba convertirse en locura.

Cuando mas vertiginosa era la carrera, mas fuerte parecia que se tornaba la tempestad, y doña Tadeo, con los ojos ardientes, se sentia arrastrado fatalmente por el delirio penoso que le oprimia las sienas como en una argolla de hierro.

Por intervalos daba frente á retaguardia, lanzaba gritos inarticulados, y de pronto hacia correr á su caballo con las espuelas y las rodillas, y volvió á arrancar á escape tendido, persiguiendo á un enemigo imaginario que huía incesantemente delante de sí. Los soldados, aterrados por aquella crisis terrible, que no sabian á qué atribuir, llenos de dolor al verle en tan triste estado, corrian detrás de él, sin saber de qué modo restituirle la razon que le abandonaba mas y mas por momentos.

Pero con el ruido de sus caballos y su aspecto siniestro aumentaban mas aun, si es posible, la intensidad de la crisis que sufría el infortunado caballero.

Sin embargo, se acercaban á Valdivia; ya á cierta distancia, cosa singular en aquella hora tan avanzada de la noche, se veian brillar innumerables resplandores en la direccion de la ciudad, la cual comenzaba á salir de las tinie-

blas y á destacar sus sombríos contornos en el horizonte.

D. Gregorio, el amigo mas fiel de D. Tadeo, estaba lleno de dolor al verle así, y en vano buscaba un medio de hacerle volver en sí y restituirle la razon que por momentos y cada vez mas se le escapaba, y acaso si no le aplicaban pronto remedio, tardaría muy poco en extinguirse para siempre.

El tiempo urgía; la ciudad estaba ya cerca, ¿qué habia de hacerse?

De pronto una idea cruzó por su cerebro como un relámpago.

D. Gregorio lanzó su caballo á rienda suelta, picándole con la punta de su puñal á fin de aumentar mas aun la velocidad de su carrera.

El noble animal bajó la cabeza, respiró con fuerza y partió como una saeta.

Al cabo de algunos minutos de aquella carrera insensata, D. Gregorio hizo que su caballo diese una vuelta casi apoyado en las patas traseras, y sin contener su impulso, volvió hácia atrás como un torbellino.

El y D. Tadeo iban lanzados uno contra otro é inevitablemente habian de cruzarse en el camino.

D. Gregorio al pasar cogió con mano de hierro las riendas del caballo de su amigo, y dándole un golpe seco, le detuvo en el acto.

El Rey de las Tinieblas se estremeció y fijó una mirada ardiente en el hombre que tan bruscamente le cerraba el paso.

Los espectadores de aquella escena se habian parado anhelosos é inquietos.

—D. Tadeo de Leon, dijo D. Gregorio con voz imponente y llena de reconvencion, ¿ha olvidado V. á su hija doña Rosario?

Al oír el nombre de su hija, un temblor convulsivo agitó los miembros de D. Tadeo, se pasó la mano por la abrasada frente, y fijando una mirada estraviada en quien así le interpelaba exclamó con voz terrible:

—¡Mi hija! oh! restitúyame V. á mi hija!

De pronto una palidez cadavérica cubrió su rostro, sus ojos se cerraron, abandonó las riendas y cayó de espaldas.

Pero su amigo, mas rápido que el pensamiento, se habia tirado al suelo y le recibió en sus brazos.

D. Tadeo estaba desmayado.

D. Gregorio le miró al instante con tierno cariño, le tomó entre sus brazos como á un niño y le tendió en el monton de capas de que todos los soldados se habian despojado presurosos para formarle un lecho.

—¡Se ha salvado! exclamó.

Todos aquellos rudos hombres de guerra á quienes ningun peligro podia sorprender y que le rodeaban, lanzaron un suspiro de satisfaccion al oír aquellas palabras de esperanza en las que aun no se atrevian á creer.

Varias mantas y capas habian sido colgadas de las ramas del árbol bajo el cual descansaba el jefe, con el fin de guarecerle y abrigarle, y los soldados, mudos é inmóviles, con las riendas colgadas del brazo, permanecieron así respetuosamente inclinados, no obstante la lluvia y el viento, aguardando con ansiedad á que aquel á quien amaban como á un padre volviese á la vida.

Así trascurrió una hora.

Un siglo durante el cual no se oyó un murmullo ni una queja.

D. Gregorio, inclinado sobre su amigo, seguía con ávida mirada los progresos de la crisis á la luz de una tea cuya llama vacilante daba á la escena una apariencia fantástica.

Poco á poco se calmó el temblor convulsivo que agitaba el cuerpo del enfermo, y cayó en una inmovilidad completa.

Entonces D. Gregorio rasgó la manga de don Tadeo, desnudó su brazo derecho, sacó su puñal y picó la vena.

Al pronto no salió la sangre.

Sin embargo, al cabo de algunos segundos, apareció en los labios de la herida una mancha negra del tamaño de una cabeza de alfiler, que aumentó progresivamente; cayó, en fin, impulsada por otra, y al cabo de dos minutos un espeso chorro de sangre negra y espumosa comenzó á correr.

Todos, con la cabeza inclinada hácia delante, espian atentamente los progresos de la curación intentada por D. Gregorio.

Así trascurrió un espacio de tiempo bastante largo.

D. Tadeo todavía no daba señales de vida.

Al fin hizo un movimiento y sus dientes, que hasta entonces habian permanecido oprimidos, dejaron pasar un suspiro.

La sangre habia perdido el color negruzco que al principio tenía é iba tornándose encarnada.

D. Tadeo abrió los ojos y paseó en torno suyo una mirada serena y sorprendida.

—¿Dónde estoy? murmuró débilmente; ¿qué ha pasado?

—A Dios gracias, ya no es nada, querido amigo, contestó D. Gregorio colocando el dedo pulgar sobre la herida, y vendándole el brazo con su pañuelo hecho tiras. ¡Qué miedo nos ha hecho V. pasar, querido amigo!

D. Tadeo se sentó y se pasó la mano por su frente cubierta de frio sudor.

—¿Pero qué significa esto? repuso con voz mas enérgica; dígame V., D. Gregorio, ¿qué ha sucedido?

—A la verdad, es culpa mia, contestó este; felizmente no ha sido mas que miedo. Eso me enseñará otra vez á escoger yo mismo mis caballos y no fiarme de un peon.

—Esplíquese V., amigo mio, no le entiendo, estoy destrozado.

—El motivo no es para menos, figúrese V. que ha dado una caída terrible.

—¡Ah! dijo D. Tadeo, quien procuraba coordinar sus ideas, ¿lo cree V. así?

—¡Cáspita! que si lo creo! Pregúnteselo V. á estos caballeros. Tanto es así que le hemos creído á V. muerto, y solo un milagro le ha salvado; es evidente que Dios ha querido salvar al hombre de quien depende la salvacion de nuestra patria.

—¡Es singular! nada recuerdo de lo que V. me dice. Cuando nos separamos de nuestros amigos, caminábamos tranquilamente; de pronto estalló la tempestad.....

—Eso es; por el contrario, recuerda V. perfectamente. Su caballo, deslumbrado por un relámpago, se asustó y se desbocó; todos nos lanzamos en seguimiento de V., pero fué en vano;

Cuando llega mos á su lado, estaba V. tendido, sin conocimiento, en el fondo de un barranco, á donde habia V. rodado con su caballo.

—Lo que V. me dice, debe ser cierto indudablemente, porque me siento muy molesto y tengo un cansancio inesplicable en todo el cuerpo.

—Eso es; pero lo repito, felizmente no está V. herido; solo que, como tardaba V. en volver en sí, he creído que debia sangrarle con mi puñal.

—Doy á V. gracias; esta sangria me ha hecho provecho. Mi cabeza no está ya tan ardiente, mis ideas son mas serenas. Gracias, amigo mio, añadió tomándole la mano y fijando en él una mirada de indefinible expresion; ahora me siento enteramente bien, y si V. lo juzga oportuno, podremos continuar nuestro viaje.

D. Gregorio vió que su amigo no se dejaba engañar completamente por la mentira que habia inventado; pero hizo como que no lo comprendia.

—Quizás no esté V. bastante fuerte todavía para tenerse á caballo, le dijo.

—Sí, aseguro á V. que he recuperado completamente mis fuerzas. Además, urge el tiempo, tenemos que llegar pronto á Valdivia.

Al decir estas palabras D. Tadeo se levantó y pidió su caballo.

Un soldado le tenia de las riendas.

D. Tadeo le miró atentamente.

El pobre animal estaba repugnante, pues materialmente le habian hecho revolcarse en el barro.

D. Tadeo frunció el entrecejo; ya no comprendia lo que pasaba.

D. Gregorio se reía interiormente. Por orden suya, y para engañar á su amigo, era para lo que se habia puesto al caballo en aquel estado.

No queria que D. Tadeo pudiese sospechar en tiempo alguno que durante dos horas habia estado bajo la impresio n de un delirio espantoso.

Todo salió perfectamente.

D. Tadeo, obligado á ceder á la evidencia, movió tristemente la cabeza y montó á caballo.

—Al ver á este pobre animal, dijo, no sé como no hemos muerto los dos.

—¿No es verdad? preguntó D. Gregorio con un tono de conviccion muy bien fingido; es incomprendible; ninguno de nosotros acierta á entenderlo.

—¿Estamos lejos de la ciudad?

A una legua todo lo mas.

—Pues entonces apresurémonos.

La tropa volvió á partir al galope.

Esta vez ya D. Tadeo y su amigo caminaban al lado uno de otro, y hablaban entre sí, en voz baja, de los medios que habian de adoptar para frustrar las tentativas del general Bustamante, quien, sin duda, intentaria volver á apoderarse del poder, con el auxilio de los araucanos.

D. Tadeo habia recobrado toda su sangre fria. Sus ideas se habian tornado claras otra vez; en una palabra, se hallaba en posesion de toda su notable inteligencia.

Solo un hombre habia permanecido extraño á los hechos que acabamos de referir, y reparado tan poco en lo ocurrido, que de seguro se hubiera visto muy apurado para hacer la narracion de ellos.

Aquel hombre era D. Ramon Sandias. El pobre senador, calado por la lluvia, asustado por la tormenta, embozado hasta los ojos en su capa,

no tenía ya, por decirlo así, mas que una vida mecánica y maquina.

Solo aspiraba á una cosa; á llegar lo mas pronto posible á un albergue, con el fin de ponerse al abrigo de la tempestad.

Por eso habia continuado su camino sin saber si quiera lo que hacia, ni pensar si le seguian ó no.

Así llegó á las puertas de Valdivia.

Iba á entrar por ellas sin repararlo, cuando su caballo fué detenido por un hombre que le cogió de las riendas.

—Hola, caballero, ¿duerme V.? gritó una voz ruda junto al oido del senador.

Este se estremeció de terror y aventuró una mirada.

Conoció que estaba en la entrada de la ciudad.

—No por cierto, dijo con voz ronca; por el contrario, hartito despierto estoy.

—¿De dónde viene V. solo y tan tarde? repuso el hombre que ya le habia hablado, y alrededor del cual habian ido á colocarse otros.

—¿Cómo solo! dijo D. Ramon con una exclamacion; ¿pues por quién toma V. á mis compañeros?

—¿Cómo sus compañeros? de qué compañeros habla V.? exclamaron varias voces en todos los tonos de la escala acromática.

D. Ramon miró en torno suyo con aspecto asustado.

—Es verdad, dijo al cabo de un instante; estoy solo; ¿á dónde diablos se han ido los demás?

—¿Pero de qué otros habla V.? repuso el primer interlocutor; á nadie vemos.

—¡Eh, caramba! contestó el senador impaciente; hablo de D. Gregorio y de sus soldados.

—¿Cómo! ¿forma V. parte de la tropa de don Gregorio? exclamaron de todos lados.

—Sin duda alguna, dijo el senador; pero déjenme VV. ponerme á cubierto, porque la lluvia cae con una fuerza horrible.

—Nada tema V., le dijo riendo un chusco; no se mojará V. mas de lo que ya lo está.

—Es verdad, dijo D. Ramon con tono compungido, fijando una mirada lastimosa en su ropa, que estaba chorreando agua.

—¿Sabe V. si D. Gregorio ha encontrado á D. Tadeo de Leon? le preguntaron de varios lados á la vez.

—Sí, ya llegan juntos.

—¿Están lejos?

—A la verdad, no podré decirlo; pero creo que no, puesto que yo venia con ellos y estoy aquí.

Entonces, la gente que se habia detenido se dispersó en todas direcciones dando gritos y sin volverse á ocupar de él.

En vano el desgraciado senador rogó y suplicó que le enseñasen un albergue, pues nadie le contestó. Cada cual se ocupaba en encender hachas de viento, despertar á los habitantes de las casas golpeando á las puertas ó llamándoles por sus nombres. Hombres armados se formaban presurosos á cada lado de las puertas de la ciudad.

—¡Válgame Dios! murmuró el desgraciado senador; todos esos hombres están locos; ¡correr por las calles con un tiempo como este! ¿Si volveré á asistir á una nueva revolucion? ¡Dios me libre!

Y espoleando á su caballo, que casi no podia

tenerse, se alejó moviendo tristemente la cabeza para buscar un techo hospitalario bajo el cual pudiese mudarse de ropa y disfrutar algunas horas de un descanso que habia llegado á ser casi indispensable para él.

LXIX.

PLAN DE CAMPAÑA.

D. Tadeo hizo en Valdivia una entrada verdaderamente triunfal.

No obstante la lluvia que caia á torrentes, la poblacion estaba aglomerada á su paso, llevando en la mano hachas de viento cuyas llamas, agitadas por el huracan, arrojaban resplandores opacos que se confundian con los de los relámpagos.

Los gritos de júbilo de los habitantes y el redoble de los tambores batiendo marcha, se mezclaban con el estampido del trueno y los furiosos silbidos de la tempestad.

Era un espectáculo magnifico el que ofrecia aquel pueblo que, cuando el huracan bramaba con fuerza sobre sus cabezas, en la mitad de la noche, habia abandonado su morada para ir pisando barro á saludar con un grito de bienvenida y de esperanza al hombre depositario de su confianza, á quien llamaba su libertador.

En primera fila estaban los Corazones Sombríos, serenos, resueltos, oprimiendo con sus manos nervudas las armas que una vez ya habian derribado al tirano.

A D. Tadeo le conmovió aquella prueba de afecto que le daba la poblacion; comprendió que, por grandes que sean los intereses privados, son muy pequeños comparados con los de todo un pueblo; que es hermoso sacrificarse, y que aquel que sabe morir valerosamente por la salvacion de sus conciudadanos, desempeña una mision santa y noble.

Adoptó en el acto su partido sin reticencia alguna.

Vencer ante todo al enemigo comun, no defraudar las esperanzas que tan cándidamente cifraban en él; luego, cuando la idea de la guerra civil estuviese destrozada, si terminada la lucha estaba él todavía en pié, pensaria en su hija, quien, por lo demás, no estaba abandonada, sin auxilio, puesto que dos corazones nobles se habian sacrificado para salvarla.

Lanzó un suspiro profundo y se pasó la mano por la frente, como para arrancar de ella el pensamiento de su hija, que le perseguia incesantemente.

Esta muestra de debilidad fué la última.

Irguió orgullosamente la cabeza y saludó sonriendo á los alegres grupos que se oprimian á su paso dando palmadas y gritando: —« ¡Viva Chile! »

Escortado de esta manera llegó hasta el cabildo.

Echó pié á tierra, subió por la escalera del palacio, y se volvió hácia la multitud.

La inmensa plaza estaba cuajada de cabezas; las ventanas de las casas estaban llenas de gente. Muchos habian trepado hasta las azoteas, y toda aquella multitud lanzaba gritos atronadores de júbilo.

D. Tadeo comprendió que esperaban pronunciasse algunas palabras.

Hizo un gesto.

Un silencio profundo reinó súbitamente en la multitud.

—¡Queridos conciudadanos! dijo el Rey de las Tinieblas con voz alta, clara y perfectamente acentuada, que fué oida de todos; mi corazón se halla mas conmovido de lo que podria yo manifestar por la extraordinaria muestra de simpatía que habeis querido darme. No defraudaré las esperanzas que depositais en mí. Siempre me veréis en la primera fila de los que vayan á batirse por vuestra libertad. ¡Permanezcamos todos unidos por la salvacion de la patria, y los tiranos no conseguirán vencernos!

Esta alocucion vehemente fué acogida con prolongados aplausos y fuertes gritos de « ¡viva Chile! viva la patria! »

D. Tadeo entró en el palacio.

Allí encontró reunidos á los oficiales superiores de las tropas acantonadas en la provincia, á los alcaldes y á los jefes principales de los Corazones Sombríos, que estaban aguardándole.

Todos aquellos personajes se levantaron al verlo llegar y se inclinaron ante él.

Desde que el Rey de las Tinieblas habia vuelto á animarse con el entusiasmo popular, se hallaba completamente dueño de todas sus facultades.

El espíritu habia concluido por dominar á la materia. Ya no sentia cansancio alguno; sus ideas estaban tan claras y tan lucidas como si una hora antes no se hubiera hallado sometido á una crisis terrible.

Entró en el círculo formado por los circunstantes, é invitádoles con un gesto á que se sentasen, les dijo:

—¡Caballeros! me considero muy feliz al ver á VV. sentados en el cabildo. Los momentos son preciosos. El general Bustamante, tengo las pruebas de ello, se ha unido por medio de un tratado con Antinahuel, el gran Toquí de los araucanos, á fin de escalar con mayor facilidad el poder. Hé ahí por qué habia hecho el pronunciamiento en esta provincia remota de la república. Libertado por los araucanos, se ha refugiado en medio de ellos. Muy pronto le veremos invadir nuestras fronteras al frente de esos guerreros feroces y asolar nuestras provincias mas ricas. Así, pues, lo repito, nuestros momentos son preciosos, solo una iniciativa atrevida puede salvarnos. Pero para tomar esa iniciativa, es preciso que yo, á quien habeis hecho vuestro jefe, me halle provisto de poderes regulares, otorgados por el Senado. Si no los tengo, yo mismo no seré mas que un cabecilla que parecerá que enciende esta guerra civil que quiero impedir, y contra la cual quiero combatir al frente de todos los buenos ciudadanos.

Estas palabras, cuya exactitud conocian todos, produjeron profunda sensacion.

Era difícil dar una respuesta á la seria objecion hecha por D. Tadeo.

Nadie se atrevia á cargar con aquella responsabilidad tan comprometedora.

D. Gregorio se acercó. Llevaba un pliego en la mano.

—Tome V., dijo presentando á D. Tadeo el pliego abierto, hé ahí la respuesta que el Senado de Santiago da al manifiesto que V. le dirigió después de la caída del tirano. Es una orden que le reviste á V. del poder supremo. Como después de la victoria habia V. resignado el mando en mí

mano, yo conservé esta orden secreta. Ha llegado el momento de darla publicidad; D. Tadeo de Leon, es V. nuestro jefe. No son únicamente algunos ciudadanos los que le nombran, sino los delegados de la nacion.

Al oír esta noticia imprevista, los circunstantes se levantaron con júbilo y gritaron llenos de entusiasmo:

— ¡Viva D. Tadeo de Leon!

Este tomó el pliego y le recorrió con la vista.

— Muy bien, dijo devolviéndoselo á D. Gregorio con una sonrisa, ahora tengo entera libertad para obrar como lo juzgue conveniente para el bien de todos.

Los individuos de la reunion volvieron á ocupar sus puestos y se restableció el silencio.

— ¡Caballeros! prosiguió D. Tadeo, ya se lo he dicho á VV.: solo una iniciativa atrevida puede salvarnos; es una especie de carrera de competencia la que vamos á emprender; tenemos que ganar en celeridad á nuestro adversario. Ya conocen VV. al hombre y saben que posee todas las facultades necesarias en un buen general. Así, pues, no se dormirá en una falsa tranquilidad. Su aliado Antinahuel es un jefe intrépido y dotado de una ambicion desmesurada. Esos dos hombres, unidos por el mismo interés, pueden, si no tenemos cuidado, darnos mucho que hacer, y por lo tanto debemos atacarlos á ellos á nuestra vez. Hé aquí lo que propongo á VV. Si el plan que voy á someterles les parece defectuoso, puesto que estamos reunidos en consejo, lo discutiremos y yo me someteré al dictámen de la mayoría.

Al oír estas palabras simpáticas aumentáronse el silencio y la atencion.

D. Tadeo continuó diciendo:

— Dividiremos nuestras fuerzas en dos partes. La primera irá á marchas forzadas á atacar á Arauco, la capital de nuestros enemigos. Esa expedicion, cuyo único objeto es dividir las fuerzas de nuestros adversarios, no deberá hacerse sino de modo que se les obligue á mandar allí refuerzos importantes. Una segunda division, compuesta de todos los hombres de la provincia que se hallen en estado de llevar las armas, se trasladará al Biobio, á fin de ponerse en contacto con las tropas de la provincia de Concepcion y colocar así á los araucanos entre dos fuegos.

— Pero permitame V., D. Tadeo, observó un oficial superior, que le diga, que en su plan, que por lo demás es muy bueno, olvida V. una cosa importante, en concepto mio.

— ¿Cuál es, caballero?

— Que la provincia de Valdivia se halla mas espuesta aun que cualquiera otra á una *malocca*.

— Se equivoca V., caballero, y va V. á ver por qué: V. pone en relacion los sucesos que van á ocurrir con los que les han precedido.

Sin duda alguna.

— Pues en eso está su error. Cuando D. Panchito Bustamante se hizo proclamar en Valdivia, tenia para ello una razon. Esta provincia es lejana, está aislada, el general pensaba convertirla en su depósito de guerra y establecerse en ella sólidamente, merced á sus aliados, y luego salir de esta ciudad para conquistar el resto del territorio gradualmente. Ese plan estaba muy bien concebido, y ofrecia grandes probabilidades de triunfo; pero hoy la cuestion ha variado por com-

pleto. El general ya no se apoya en el país; la guerra de guerrillas es imposible para él. En la capital es donde ha de hacer toda entera la revolucion que medita. En concepto mio, es preciso cerrarle el camino de la capital y obligarle á que acepte la batalla en el territorio araucano. En cuanto á la provincia de Valdivia, no se halla amenazada en manera alguna, solo que, como en tales circunstancias nunca es demasiada la prudencia, se formará una milicia cívica con el fin de defender sus hogares. Hé ahí, caballeros, el plan que propongo á VV.

No hubo mas que un grito unanime en la reunion para aprobar este plan tan sencillo.

(Se continuará).

GUILLERMO.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO MARCO

Y

D. MARTIN PETREA.

(Contin.—V. el n.º 69).

— ¡Elena! ¿no sufres como yo? dime, no sientes una angustia inexplicable como si presintieras que nuestro amor es imposible? ¿Y quién se opone á ello? ¿Un hombre con fortuna!..... miseria humana!..... ¿Y ese hombre desprovisto de corazon se atreve á aspirar á tu amor? En fin, Elena, he resuelto una cosa.

— ¿El qué?

— Hablar á tu tío y decirle que nos amamos.

— Manuel, por Dios, no te precipites; mira, yo hablaré á D. Tomás, le confesaré que amo á otro, y si es hombre de honor, renunciará á mi mano y se retirará; mas si continúa en sus pretensiones me consideraré con derecho para negarme á aceptarle por marido, porque será un hombre necio é impertinente.

D. Tomás habia escuchado esta conversacion, pues al volver junto á Elena, le chocó lo animado de su conversacion con el escribiente y prestó atento oido á lo que hablaban oculto detrás de ellos. Lo que oyó hizo subir la sangre á su rostro y le llenó de cólera.

— ¡Ah! Elena! murmuró, ¿con que tienes un amante y ese es mi escribiente? y crees que yo cederé? ¿No sabes que cuando una idea se apodera de mi mente la sigo aun á costa de cualquier crimen? Pobre Elena, serás mia, sí, te lo juro, á pesar de las iras celestiales. Y tú, miserable Manuel, ¿no sabes quién causó la ruina de tu padre? Pues fui yo por arrebatarme el amor de la que te dió el sér. ¡Tiembra, infeliz! porque tú padecerás tormentos mil veces mas espantosos que él!

Concluido el baile, D. Tomás se retiró á su casa meditando una horrible venganza; su corazon depravado, que hacia veinte años yacia como dormido, se despertaba entonces mas temible que antes al divisar una presa sobre quien descargar su cólera.

Manuel le siguió al poco rato encerrándose en su habitacion lleno de odio tambien hácia aquel que sin saberlo era su padre.

CAPÍTULO VI.

D. Tomás no despidió de su casa á Manuel

como al principio habia meditado, porque de ese modo podia impedir que viera á Elena con mas facilidad.

La noche misma del baile fraguó mil planes de venganza, y aun si el jó ven hubiera estado en su presencia, no se hubiera contenido por satisfacerla; pero calmada algun tanto su cólera, se decidió á aguardar una ocasion oportuna. ¿Seria un aviso de su naturaleza que se rebelaba contra la idea de que matara á su hijo?

Al dia siguiente al del baile despidió el comerciante á dos de sus escribientes y abrumó con el trabajo de estos á Manuel.

El jó ven no cesaba dia y noche de escribir: esto era lo que queria D. Tomás, pues así le impedia ver á la sobrina de D. Ramon. Manuel sospechaba que el comerciante habia descubierto su amor, ya por las palabras irónicas que este le dirigia, ya por el empeño que tenia en no dejarle un momento libre, pues únicamente algunas horas para entregarse al sueño, era el tiempo que no trabajaba. De buena gana hubiera abandonado la casa de D. Tomás, libertándose de la prision que sufría, ¿pero entonces qué recursos le quedaban? cómo atenderia á su subsistencia? De este modo se pasaron algunos dias, y con el objeto de que Elena no interpretara su silencio de otro modo, la escribió el jó ven una carta en la cual le contaba su situacion. Para llevarla á su destino, se valió de Guillermo; el negro le habia inspirado siempre mucha confianza. Elena le contestó por el mismo conducto, y su carta exasperó á Manuel, pues le decia que cada dia estaba mas acosada por D. Tomás, y que su tío habia fijado ya el dia de su boda para la próxima semana; y le suplicaba tanto que la viera, á fin de recobrar sus fuerzas agotadas por el sufrimiento, que el jó ven se decidió á abandonar sus trabajos y correr á su lado. D. Ramon y su sobrina se habian marchado á una casa de campo que poseian en las cercanías de Nápoles, con el objeto de pasar en ella el verano. Manuel, á quien la jó ven advertia el lugar de su residencia, esperó á que D. Tomás saliera, y cuando lo hubo verificado alquiló un caballo, y á la media hora entraba en la casa de campo. D. Ramon estaba de caza con varios amigos suyos, circunstancia que agradó al jó ven, porque Elena quedaba libre de su vigilancia. La amada de Manuel arrojó un grito de sorpresa al verle, ya por su presencia, como por lo demudado de su semblante: tanto era lo que habia sufrido el jó ven desde la noche del baile.

CAPÍTULO VII.

Quando dos amantes se ven despues de haber estado separados algun tiempo; cuántas cosas tienen que decirse! Los dos hablan á la vez, y si el uno pregunta, el otro contesta preguntando. Manuel y Elena pasaron un rato de delicia; pero que desapareció bien pronto al recordar cuál era su verdadera situacion. La frente de ambos se nubló y sus ojos se cubrieron de melancolia.

— ¿Qué haremos ahora? preguntó Manuel.

— Ahora sufrir, ó mas bien, desecha el amor que me tienes, y que yo vea en mi infelicidad que no eres desgraciado.

— ¿Has visto, Elena, que el corazon deje alguna vez de latir sin que se pierda la vida? Pues tú eres, alma mia, la que con el fuego de tus miradas y el dulce sonido de tus palabras haces latir

el mío; y privarme de verte y oírte, es lo mismo que quitarme la vida.

—Manuel, escucha; parte á otros países; la distancia y el tiempo aminorarán tu pasión; quizás encuentres otro amor que te hará olvidar el mío. Manuel, Dios es grande, confía en él, y cuando te veas feliz en los brazos de otra mujer, yo abandonaré la tierra y rogaré desde lo alto por tí.

—Elena mía, ¿y qué poder humano logrará romper esta dulce simpatía que Dios ha puesto en nuestros corazones?

—Nadie, Manuel; nuestro amor es inmenso.

El jóven, en medio del arrebató de su pasión, pasó su mano por la cintura de Elena, la atrajo dulcemente hácia sí, y ya iba á imprimir un beso sobre sus castos labios, cuando la puerta se abrió con estrépito, y D. Tomás, vertiendo espuma por la boca, entró en la habitación.

El comerciante había ido á su casa, y al ver que el jóven no estaba en ella, se figuró al instante dónde estaba, y partió sin perder un momento á la casa de campo con su carruaje. Guillermo, que hacia días vigilaba al padre y al hijo, porque presentía que se aproximaba un choque fatal entre ellos, le siguió corriendo, con el objeto de evitar una desgracia que no deseaba.

Al ver los dos amantes al comerciante, pasaron del éstasis de amor en que se hallaban á una profunda amargura. Elena vertió una lágrima que corrió lentamente por su mejilla, y Manuel clavó en su padre una mirada altanera y provocativa. La jóven los miraba temblando y sin atreverse á abrir sus labios.

El semblante del comerciante fué transformándose poco á poco; dejaba su expresión de cólera por la de la ironía. Corto fué el silencio que reinaba en la habitación. D. Tomás lo interrumpió diciendo á Elena al mismo tiempo que la echaba una mirada que la hizo bajar los ojos.

—Señorita, parece que estabais muy ocupada; mas si os incomoda, me iré.

Un vivo encarnado cubrió las mejillas de la jóven.

El comerciante continuó.

—Ha hecho bien vuestro tío en venirse al campo, porque esta es la estación de los amores, y de ningún modo como aspirando el aroma de las flores y oyendo el gorgojo de los pájaros, es como se escuchan los juramentos de amor; pero tened cuidado, que escogéis por amante un escribiente y podeis mancharos de tinta cuando vaya á imprimir sus labios en los vuestros.

Manuel se levantó colérico al escuchar á don Tomás, é iba á arrojarle sobre él; pero una mirada suplicante de Elena le contuvo.

El comerciante cuyo designio era escitar la cólera del jóven, continuó cada vez con mas ironía.

—Cuando os conocí, señorita, la verdad, creía que erais la mujer mas cándida del mundo, que ignorabais hasta lo que significaba la palabra amor; pero ahora veo que el rostro mas inocente es una máscara con la cual se oculta un corazón falaz y....

—Caballero, gritó Manuel sin poderse contener; callad ú os arrojo por el balcon.

—¿Qué? también vos la amais, señor escribiente? os habeis olvidado ya de vuestra humilde condición para querer elevaros tanto? Pero ya

comprendo, vuestra fortuna no representa ninguna cantidad y....

El jóven, ardiendo en ira, se levantó, y cogiendo al comerciante por un brazo le pegó tal empujón que fué á parar al centro de la sala dando traspies.

Entonces cesó D. Tomás de representar su papel y se arrojó sobre su hijo blandiendo un puñal.

Manuel pudo coger el brazo armado del comerciante, y entonces empezó una lucha horrible, lucha en que cualquiera que fuera el vencedor, daría muerte al vencido.

D. Tomás era mas vigoroso; pero Manuel entorpecía sus movimientos enroscándose en su cuerpo como la serpiente que trata de ahogar á su presa.

Elena se había desmayado y su cabeza yacía apoyada y sin movimiento en el respaldo de su sillón.

Los dos luchadores cayeron al suelo con las ropas hechas pedazos, mas sin separarse y tan unidos como la yedra al tronco del árbol.

Ya la fatiga se notaba en sus cuerpos, pues sus esfuerzos eran menos poderosos, cuando Guillermo, cubierto de sudor y jadeando, entró en la habitación y logró separarlos arrancando el puñal de entre sus manos. El negro se aprovechó del cansancio y estupor que siguió á la lucha, y casi arrastrándole condujo á su amo hasta el carruaje en donde le hizo entrar diciendo al cochero que partiera á Nápoles.

CAPÍTULO VIII.

Poco despues de la escena que acabamos de describir, volvió D. Ramon á su casa contra su costumbre de los días que iba de caza, que siempre lo hacia al anochecer, y entonces no habían dado aun las tres de la tarde. El tío de Elena encontró á los criados que ya enterados de lo que había sucedido, cuchicheaban á su sobrina llorando, y á Manuel paseando el salón de arriba abajo, conociéndose en el estado de sus ropas y lo descompuesto de su semblante la lucha que acababa de sostener.

D. Ramon no se atrevía á preguntar lo ocurrido por temor de escuchar alguna desgracia; mas, por último, venciendo su ansiedad, se puso delante de Manuel y le preguntó:

—Decidme, ¿qué pasa aquí?

El jóven, que aun no había advertido su presencia, pareció volver en sí de su distracción.

—D. Ramon, dijo, tengo que hablaros.

—Podeis hacerlo ahora mismo.

—Como queráis, escuchadme que no seré lato. Hace tiempo que amo á vuestra sobrina y ella me corresponde de la misma manera; ¿quereis darme la por esposa?

—¡Hombre! exclamó asombrado D. Ramon, pues no esperaba oír tal proposición.

—De vuestra respuesta pende nuestra felicidad.

—Me lo decís así de sopetón; estas cosas se deben reflexionar; además de que....

—Sin embargo, D. Ramon, ¿creéis que el cariño que tengo á vuestra sobrina y mi honradez bastan para conseguir su mano?

El viejo que no sabía cómo evadirse á tales preguntas, se dirigió á su sobrina y la dijo:

—¿Por qué lloras, Elena?

—Tío, soy muy desgraciada.

—Tranquilízate; ¿pero qué desorden es este? ¿qué ha sucedido en mi ausencia?

—Nada, D. Tomás....

—¿Cómo? ha estado aquí tu futuro?

—Tío, qué daño me haceis con esa palabra.

—¡Bah! ¿tú también? Pues está bueno, dijo el viejo que quería eludir la cuestión, y cogiendo á Manuel por un brazo le guió hasta la puerta.

—Habeis de saber, le dijo en voz baja, que he dado mi palabra á D. Tomás de entregarle la mano de mi sobrina, y en la vida me he retractado de lo que he dicho.

—Pensad, dijo Manuel, que Elena no le ama.

—No importa, estoy convencido de que los matrimonios por amor son los peores, porque al poco tiempo se pasa el cariño y se olvidan los juramentos; no que existiendo una dulce amistad, esta dura toda la vida.

—Es que ni esa amistad....

—Bien; ya os he dicho que he dado mi palabra, y un hombre no debe faltar nunca á ella.

—Es verdad, no debeis faltar nunca á ella, aunque hagais infeliz á vuestra sobrina; pero algun día os acordareis de lo que os acabo de decir, y entonces los remordimientos destrozarán vuestro corazón si es cierto que amais á Elena.

—¿Habeis concluido? preguntó D. Ramon cansado de escuchar al jóven.

—Sí, contestó este; y viendo que eran inútiles sus esfuerzos, abandonó la casa de campo con el corazón henchido de lágrimas.

CAPÍTULO IX.

D. Tomás se hallaba sentado en un sillón de su despacho; tenía los codos apoyados sobre una mesa y la vista dirigida hácia el suelo. Parecía estar absorto en alguna meditación: en su semblante alternaba con el ceño de que estaba revestido, una sonrisa amarga.

De pronto, como asallado por una idea repentina, tiró del cordón de la campanilla y Guillermo se presentó en el umbral de la puerta.

—¿Qué mandais, señor? dijo.

—Oye, Guillermo, tengo que confiarte un secreto. Tú me has servido con todo el celo que puede manifestar un fiel criado; tú has sido depositario de secretos que ha ignorado el mundo; tú me has prestado servicios que no presta el más adicto vasallo á su rey; si bien es verdad que yo te he recompensado con oro, pero aun quisiera pagarte y agradecerte otro favor.

—Explicadme, mi amo, que mientras pueda, no dudeis que os serviré.

—Pues bien, escucha lo que te pido. Yo no puedo tolerar que ese miserable de Manuel me usurpe una mujer que tanto anhelo poseer; por otra parte, veo mi honor empeñado en esta cuestión, pues Elena se burla de mí y él me insulta á cada instante, y no obstante deseo poseerla á toda costa, aunque sea necesaria la violencia para conseguirlo, vengándome al mismo tiempo de los dos, pues no podría permanecer indiferente si los viera gozar felices; porque á pesar de las palabras insultantes que dirigí á Elena cuando la sorprendí sola con Manuel en la quinta, la creo inocente; la amo, en fin, y nada me ha bastado á desarraigar el frenético deseo que siento para poseer á esa mujer que ha trastorna-

do mi cerebro, y quién sabe si desapareciendo Manuel, con el tiempo la podría llegar á conseguir, y quizá sin violencia ninguna. ¿Me entiendes, Guillermo?

—Entiendo, contestó este, y despues de breve pausa, exclamó fingiendo estar indignado. ¿Queréis que muera vuestro dependiente? Pues bien; morirá, os lo prometo.

—¡Oh! Guillermo! si logro conseguir mi objeto, cuanto te dé será poco para pagar tu servicio.

—No dudeis que yo pondré todos los medios necesarios para complaceros.

—Muy bien, Guillermo, dijo D. Tomás, y yo te prometo premiarte como se merece tu lealtad. Es menester que sucumba ese desventurado que tanto me ha hecho sufrir, para que no vuelva á burlarse de mí y pueda Elena ser mía.

—¡Morirá vuestro dependiente! exclamó Guillermo.

—Silencio; temo que nos oigan.

El negro al oír la advertencia de su amo se apresuró á cerrar las puertas de la habitacion

—Dime si hallas algun inconveniente para hacer lo que te encargo.

—Ninguno; pues ya sabeis que cuando deseais que yo haga alguna cosa de vuestro agrado, no teneis mas que indicármelo y me encargo de cumplirlo, venciendo los obstáculos que halle.

—Sí; pero importa mucho que para verificar esa muerte no te comprometas.

—Procuraré hacer lo posible para no ser descubierto.

—Debes inventar algun medio ingenioso para evadir toda sospecha y poner tu vida en salvo: yo te ofrezco velar por tí, mientras ejecutas mi plan; y entre tanto, dijo D. Tomás, poniéndole treinta ducados en la mano, toma esta cantidad, que no es mas que una parte de la que te daré si cumples tu promesa, y te la doy adelantada por si necesitas hacer algun gasto para llevar á cabo mi deseo.

—No creo necesitarlo para matarle, querido amo, dijo Guillermo guardándose los ducados, pues no haré mas que buscarle, y allí donde le encuentre hundiré mi puñal en su pecho.

(Se continuará.)

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas, por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el n.º 69).

No lejos de Hai-Chin-Miao, ó templo del dios de la Mar, está la sala que ocupan los jueces de Ta-Coo. Colocada en medio de un espacioso corredor, es de forma hexágona, y se sube á ella por una ancha escalera. Se halla sostenido el techo por varias columnas cuyo diámetro es, proporcionalmente á su anchura, mucho mas considerable que en ningun otro orden de arquitectura griega.

Estas columnas son de madera barnizada; esta es la razon por que tienen necesidad de tener mas grosor que si fuesen de piedra, así como si fueran de hierro, lo necesitarian mucho menor.

Las reglas naturales y las proporciones de la arquitectura deben necesariamente depender tanto de las materias que se empleen, como de los efectos que estan destinados á producir á la vista.

El hexágono de Ta-Coo estaba abierto por sus lados; lo que al presentar la dulzura del clima estaba bien entendido para imprimir en el alma la agradable, pero quizás falsa idea, de que la justicia es libre y accesible á todo el mundo. Allí ios ingleses vieron á seis magistrados sentados en bancos cubiertos de tela de algodón color rojo, con cogines de raso. Cinco de entre ellos no eran probablemente sino los asesores del gran juez, y podian servir para detener el efecto de sus caprichos ó de sus pasiones. Los empleados del tribunal y de la audiencia eran muchos.

Tan pronto como el embajador hubo regresado á bordo de su *yacht*, el virey le envió para que le sirviesen una comida suntuosa, con otras tres mesas de veinticuatro cubiertos cada una para las tres personas que habian acompañado á su excelencia en su visita. No se sabe por qué el virey prefirió esta manera de tratar á los ingleses, á la de retenerlos para comer con él ó invitarlos para el dia siguiente; fué sin duda el motivo la categoría de las tres personas que acompañaban al embajador, porque esto no podia provenir, como en la India, de las opiniones religiosas, que impiden comer con los extranjeros.

Los chinos no tienen estos escrúpulos, pero tienen otras costumbres. Raras veces entre ellos comen mas de cuatro personas juntas, y cuando se sirve una gran comida en el mismo departamento, hay muchas mesas diferentes. Es posible que cualquier motivo secreto de delicadeza con respecto al embajador, ó algunas razones que tuviesen relacion con las costumbres inglesas, indujeran al virey á adoptar una manera particular á señalar su hospitalidad. No es menos cierto que las mesas de cargo del emperador estaban tan bien servidas, que hacian este cuidado supérfluo. El embajador recibió tambien delante de Ta-Coo la visita del principal mandarin de las cercanías en la cual, como en las demás de los chinos de un rango elevado, se notaba menos prevenciones y particularidades que en las clases inferiores.

Una imaginacion práctica es ciertamente menos hija del ejemplo ó creadora del clima y del gobierno, que aquel al que nada se opone con la influencia de sus poderosas causas. Se tiene razon en decir que el pueblo es lo que se quiere que sea, y los ingleses tuvieron de ello pruebas continuas en el efecto que producía sobre la mayor parte de los chinos el temor de la pesada mano del poder. Cuando estaban al abrigo de este poder, parecían de un carácter alegre y confiados; pero en presencia de sus magistrados tenían el aspecto de estar estremadamente tímidos y aturdidos. Esta diferencia se notaba mucho mas en el jóven que, segun hemos dicho ya, habia llegado de Canton en el brik *Endeavour*, para ofrecer sus servicios como intérprete á la embajada. Se le empleaba algunas veces cuando se hablaba con los mandarines; pero le inspiraban tan profundo respeto, que muy raras veces era cuando llenaba bien su cometido; y cuando tenia que traducir algunas frases de una lengua europea al chino, no faltaba nunca cambiar de estilo de la conversacion que conviene entre iguales, y ponerlas con las espresiones las mas abyectas de

que se sirven las gentes de la clase baja. Sin embargo, no contento con esta especie de precaucion, creyó que era aun muy peligroso para él servir á extranjeros, de cualquier modo que fuese, y sacrificó á sus nuevos temores el deseo que tenia de ver, al llenar el empleo á que se habia prestado, la capital y al soberano de su país, así como los emolumentos que le serian asignados. Se volvió, pues, al momento á Canton en la misma embarcacion que le habia traído.

Se habian dado todas las disposiciones para que la embajada pudiera continuar subiendo el rio, y las órdenes del embajador estaban dadas para este objeto: la señal de hacerse á la vela se hizo en la mañana del dia 9 de agosto de 1793. A los *yachts* de que ya hemos hablado, se reunió un gran número de otros para las diversas clases de mandarines ú otros chinos destinados á acompañar á la embajada, y cuyo número era casi igual por lo menos al de los europeos que la componian. Nunca se disparaba el cañon en la China para hacer señal: se usa para esto de grandes placas de cobre redondas y con un reborde en cuya composicion se mezclan el estaño ó el zinc para hacerlas mas sonoras, y que golpeadas con un mazo de madera, hacen un ruido capaz de dejar sordos á los que se hallen cerca de él y á dejarse oír á una distancia considerable.

Este instrumento se le conoce entre los chinos por el *loo*; pero los europeos que han estado en China, le llaman *gong*, segun el nombre que se le da en los demas puntos del Oriente. Por lo general se hace uso de él en el agua; pero en tierra se emplea ordinariamente para anunciar la autoridad, y sobre todo entre las tropas, dos trózos de madera que chocados uno contra otro, producen un ruido semejante al de una gran caraca. Parece que los tambores no estan en uso en los ejércitos, pero forman parte de la música religiosa que se oye en los templos.

Casi todos los *yachts* empleados para la embajada tenían á bordo europeos y chinos. Se hubiera debido esperar que una mezcla de gentes, cuyas costumbres, necesidades é idiomas eran tan nuevos los unos para los otros, podría haber producido mucha confusion; pero no hubo ninguna, gracias á las precauciones que se tomaron. En todas ocasiones los mandarines estaban al cuidado procurando á los pasajeros las cosas que necesitaban. Los soldados chinos, y aun los marineros de los *yachts*, mostraban un gran deseo y un empeño de facilitarlos todo, y llenar sus deberes, que probaba al menos, que los extranjeros que á la sazón se encontraban entre ellos, no les eran desagradables. En verdad, estos extranjeros les habian anunciado que venian de muy lejos para cumplimentar á su soberano; y el último de los chinos no podia ser insensible á una especie de satisfaccion nacional que les inspiraba este acontecimiento.

La noticia de la aproximacion de la embajada se difundió rápidamente por las ciudades y pueblos vecinos, notándose fácilmente por el número de canoas que cubrian el rio: multitud de hombres se veian agrupados por la costa, y esperaban algunas veces mucho tiempo para ver pasar el cortejo, mientras que las mujeres, no menos tímidas que curiosas, le miraban á través de las huertas y por encima de las tapias de sus casas. Sin embargo, algunas señoras ancianas

DIVERSOS JUEGOS DE LA MUJER.



Cuando jamona, juega con los monigotes.

mojaron sus pequeños piés en el río á fin de ver á los extranjeros de mas cerca ; pero las jóvenes se quedaban en general muy atrás. Por su parte, los ingleses estaban continuamente distraídos por una sucesion de nuevos objetos. El país y sus habitantes presentaban casi en aquel instante alguna cosa distinta de lo que hasta entonces se habia visto por todas partes. En general se experimentaba un gran placer, y se consideraban deseosos de haber hecho tan largo viaje y contemplado un país que parecia interesante bajo todos conceptos.

Al subir el Pei-Ho, la embajada no se adelantaba sino lentamente hácia Pekin. El río es en extremo tortuoso, y por consiguiente, el camino es sumamente prolongado. Desde entonces el viento, que era favorable cuando se iba en cierta direccion, llegó á ser contrario cuando el curso del río obligó á tomar otro. Todos los rios, todos los arroyos, tienden sin duda á seguir una linea recta desde su origen hasta el mar, y no se apartan sino cuando encuentran obstáculos que no tienen fuerza para vencer. Si estos obstáculos son rocas ó eminencias de tierra compacta, no es verosímil que ningun acontecimiento subsiguiente cambie el lecho que las aguas ha-

hian ya formado; pero si el curso de estas aguas atraviesa un país casi unido, y cuyas orillas de una tierra muy blanda para resistir á una creciente repentina ó á una rapidez extraordinaria, se cruzan siempre de caminos nuevos y tortuosos. Tal es el Pei-Ho; y los inconvenientes han llegado á ser tan considerables, que han inducido al gobierno á tomar precauciones para contener este río en su lecho ordinario. En su consecuencia, se ha amontonado á las orillas una gran cantidad de tierra la que se usa para tapar las brechas que se hacen de tiempo en tiempo.

Al presente, sus orillas son mas altas que las llanuras adyacentes: estas se estienden hasta perderse de vista, y las sinuosidades del río hacen que los mástiles de las embarcaciones parezcan moverse á través de los campos y en diferentes direcciones, mientras que las aguas permanecen ocultas.

El campo se hallaba perfectamente cultivado y veíase gran número de elevadas granijeras, cuya produccion sirve de alimento á los hombres, las que dan el grano comunmente llamado *mijo de los Barbados*. Se levanta hasta diez ó doce piés; y segun los cálculos mas moderados, estan en relacion de ciento por uno.

El primer dia de camino los ingleses creyeron que las casas de los pueblos que encontraron á lo largo de Pei-Ho, no tenían sino paredes de tierra ó de barro y tierra, como las que habian visto en la embocadura de este río; pero al ver las mas de cerca, reconocieron que estaban edificadas de ladrillos mal cocidos ó cocidos al sol. Después que las tapias estan hechas se les revocan los techos de aceite con una mezcla de cal, y que les da un color de lodo. A orillas del río y á una gran distancia, no se tiene otra cal que la que proviene del *coquillaje* del mar: no se ven piedras de ninguna especie; es raro el encontrar un guijarro.

Cerca de algunas ciudades y pueblos, los viajeros percibieron pirámides de quince piés de altura y de diferentes dimensiones en cuanto á su longitud y latitud. Estaban estas formadas de sacos llenos de sal, y colocados de la misma manera que se acumula el carbon en algunos puntos de Europa. Los sacos estaban cubiertos de esterillas y se creian suficientes para impedir que la lluvia fundiese la sal. Es verdad que las tempestades son poco frecuentes y ligeras en aquella parte de la China, y aunque esto era en el mes de agosto, el campo no parecia sufrir sequía.

DIVERSOS JUEGOS DE LA MUJER.



Cuando vieja, juega con los perritos y gatitos.

Se veían pocas nubes : nada indicaba una atmósfera húmeda ; pero por la tarde se notaba un poco de humedad en los puntos próximos á la costa.

Desde que se aproximaba la noche , las orillas del rio estaban iluminadas con faroles de papel blanco , azul y encarnado , y con una agradable variedad. El distinto número de faroles colocados en los palos de los *yachts* anunciaba la categoría de los pasajeros que estaban á bordo ; y la luz de estos faroles con la que habia en las cámaras de los *yachts* , formaban con su reflejo una iluminación móvil y colorada , especie de espectáculo que gusta mucho á los chinos. La noche era casi tan ruidosa como el dia , á lo que no contribuían poco los sonidos del *loo* que se tocaba cada vez que habia necesidad de hacer alguna señal. El ruido amenazador y frecuentes picotazos de los mosquitos incomodaban mucho durante la noche.

El segundo dia , los ingleses vieron un gran cercado que era lo primero que habian apercibido y parecia á lo que se llama en Inglaterra un *cercado de gentil hombre*. Este era la residencia del *Tarhang* , es decir , del jefe del distrito. Se distinguía su morada con triple puerta , y dos pilares de cuarenta piés de altura colocados al pié de la puerta , y destinados á llevar las muestras de

dignidad y los faroles que por la noche eran un adorno útil. La cerca contenía muchos departamentos y árboles de varias clases.

Tambien se veían allí muchos carneros y caballos : hasta entonces no se habia visto sino muy poca clase de ganados , bien que el suelo no era á propósito para criar pasto y las praderas son muy raras ; no se encuentra un solo rincón de tierra con yerba.

A la orilla habia un bosque de pinos muy elevados y sus ramas se extendían á gran distancia : á la sombra de estos árboles se notaban muchos monumentos de piedra erigidos á la memoria de las personas que en ellos se encontraban enterradas. Ningun templo se veía erigido al lado de este cementerio ; parece , sin embargo , que las disposiciones á la gravedad y piedad , en los edificios consagrados al culto público , debían crecer á la vista de los monumentos donde reposan los muertos ; pero consideraciones relativas á la salud de los vivientes han obligado sin duda á los chinos á cuidar que las tumbas esten para siempre separadas de los templos.

Una gran parte de la orilla opuesta al cementerio estaba cubierta de sacos llenos de sal como de los que hemos hablado hace poco. La cantidad de sal que era necesaria para formar estas

pilas nos pareció tan enorme , que Mr. Barrow quiso determinarlo por un cálculo : el número de pilas enteras era de doscientas veintidos , sin contar muchas incompletas. Una de las secciones transversales contenía sesenta y dos sacos. Ninguna tenia menos de doscientos piés de largo ; algunas tenian seiscientos. Suponiendo que fuesen una con otra cuatrocientos piés de largo , de la cual un saco contenga dos piés , hay en cada pila doscientas secciones ó catorce mil sacos , y en las doscientas veintidos pilas mas de tres millones de sacos : cada uno de estos contenía cerca de doscientas libras de peso de sal , y por consiguiente , habia en totalidad seiscientos millones de libras.

Bajo el antiguo gobierno de la Francia , cuando muchas provincias estaban sometidas á la gabela , es decir , al impuesto sobre la sal , se calculó con cuidado á cuánto podia subir en un año el consumo de este artículo , y se le apreció en menos de veinte libras para cada individuo , á pesar de los diferentes usos que se hacia de ella. Pero admitiéndose que toda la cantidad de veinte libras de sal sea consumida por cada chino , las pilas de que acabamos de hablar bastarian durante un año á treinta millones de personas , sin tocar ni á las pilas incompletas , n

á las primeras que se habian notado en las orillas del rio.

La sal es un objeto de utilidad considerable para el gobierno chino. El producto del impuesto sobre este artículo en la provincia de Pé-Ché-Dée es aun inferior al que se saca de muchas otras partes del imperio. En muchos distritos de esta provincia, y sobre todo en las cercanías de la capital, hay en abundancia una especie de nitro mal purificado de lo que el pueblo se sirve en lugar de sal marina, lo que tiene igualmente lugar en algunas partes del interior de la India: tambien alli este nitro merece quizás el nombre de *sal comun* como la sal que produce la mar.

La mayor parte de la sal que se trasporta al Pei-Ho, viene de las costas de las dos provincias meridionales de Fo-Chien y de Quan-Tung, y se la extrae del agua del mar.

Para esta operacion se tienen grandes campos bien unidos y nivelados, rodeados de un reborde de seis pulgadas de altura y cuya superficie es arcillosa: se introduce allí agua ó por esclusas ó con bombas de caña, hasta que tengan dos ó tres pulgadas. En estío, el calor del sol es bastante fuerte para evaporar esta agua; y la evaporacion se verifica con lentitud é igualdad, dejando grandes cristales cúbicos que forman esta especie de sal conocida en Inglaterra con el nombre de *sal de bahía*. De estas fábricas de sal se ven en la embocadura del Pei-Ho, pero no son muy considerables. Su situacion mas próxima al norte, no es tan favorable como la de las demas provincias para aprovechar la accion del sol. En Inglaterra y aun en algunas otras partes meridionales de la Francia se emplea el calor artificial para completar los procedimientos necesarios para la extraccion de la sal.

La sal que sale de las provincias de Quan-Tung y de Fo-Chien, y que se trasporta al Pei-Ho, basta para cargar anualmente dos mil juncos del puerto, de doscientas toneladas cada uno. Ahora bien, puesto que un solo artículo ocupa una gran cantidad de embarcaciones, se podrá juzgar del inmenso número que hay en el rio. Ciertamente, el número de ciudades y de pueblos que estan á la vista de Pei-Ho y la multitud de habitantes que cubren sus orillas, no sorprenden tanto á los viajeros como la cantidad de juncos que encuentran á cada instante subiendo y bajando el rio, ó bien anclados en los ancones (1).

Las pirámides cuya descripcion hemos hecho se hallaban cerca del puerto de Tien-Sing, nombre que significa literalmente en chino *lugar celestial*, y que en efecto lo merece por lo agradable del clima, su suelo fértil, la pureza del aire y un cielo sereno. Tien-Sing sirve de plaza de mercado general á las provincias septentrionales de la China: está edificado en la confluencia de dos rios y sobre una eminencia dulcemente inclinada. El palacio del gobernador se halla situado en un sitio avanzado, que domina una vasta concha formada por la reunion de dos rios y casi enteramente cubiertos de juncos de distintos tamaños: la mayor parte de estos juncos no pasan jamás la barra que está en la embocadura de Pei-Ho y no se emplean sino en el comercio que se hace por los canales, así como por los grandes rios en todo el interior del imperio.

(1) Puertos pequeños.

(Se continuará.)

DESCRIPCION DEL CÁUCASO

ESCRITA EN RUSO

POR EL CONDE SOLLOGUBE

TRADUCIDA DE DICHO IDIOMA AL CASTELLANO

Por M. A. DE ERRO.

(Continuacion. — Véase el núm. 69).

Pero al considerar que la embocadura del Kur y toda la superficie del mar Caspio está ochenta y cinco piés mas baja que el nivel del Océano, así como por ambos lados el Elbrus se eleva á diez y ocho mil quinientos veinticuatro sobre el mismo nivel, y que la proximidad ó lejanía gradual de las nieves eternas está intimamente ligada á los caracteres comunes de cada localidad, entonces se comprende la extraordinaria variedad de los climas del Cáucaso, la rarísima diversidad de su vegetacion y todos los fenómenos secundarios ligados con ella.

La cadena central, formando un ángulo, se estiende como un muro inmenso por toda la region: la parte del nordeste está sometida á la influencia favorable del mar Caspio; pero la parte meridional, ó propiamente la Trans-Caucasia, lo está á la del mar Negro (1). Esta division está en armonia con la gran diferencia de climas que existe entre ambos lados de la cordillera. En la primera reinan los vientos dominantes en la parte llana de los terrenos asiáticos, y la segunda, excluyendo la mayor parte de las cuencas del Kur y del Araxes, está sometida á las mismas influencias que los climas de la Europa meridional.

Pero la costa del mar, que rodeada de un circuito de montañas detiene las ráfagas de viento haciéndolas variar de direccion, está constantemente impregnada de la humedad del mar, formando así los jardines encantadores, aunque enfermizos, de la Trans-Caucasia; de este modo la antigua Cólchida (en la costa oriental del mar Negro) y el distrito de Lenkoran respiran el encanto y la ponzoña como los jardines de Armida.

La extraordinaria diversidad de los climas del Cáucaso habia sido examinada mas de una vez por Parrot, Kupfer, Filadelfio, Xanikoff, Abich y otros; pero no podia llamar la atencion especial del gobierno, que estaba convencido de que las observaciones meteorológicas verificadas en el Cáucaso tenian una significacion de importancia particular, y que una vez esplicada la influencia climatológica de las diferentes localidades sobre la salud general, por medio de los auxilios proporcionados para las comparaciones barométricas, y la nivelacion y la instruccion por medio de las empresas, serviria todo esto para la agricultura y la plantacion.

Con tal objeto, se establecieron en diferentes puntos del Cáucaso trece estaciones meteorológicas que empezaron una serie de observaciones exactas bajo la direccion del geógrafo Abich, y que continúan hasta hoy bajo la ilustrada inspeccion de Moris. Además de estos, existe el principal observatorio magnético y meteorológico establecido en el mismo Tiflis, que siendo por su posicion geográfica el punto medio entre los observatorios existentes en Europa é India, sirve en conformidad con ellos, segun la opinion de Humboldt, para adelantar en las observaciones.

La carta climatológica de la Trans-Caucasia,

(1) El clima de Tiflis, por P. Xanikoff, véase el *Calendario del Cáucaso* para 1843.

formada por Abich segun los datos obtenidos despues, presentaba el curioso resultado de que la linea central isotérmica de la region, pasando á través de Redut-Kalé y Tiflis, desciende súbitamente á Bakú y Lenkoran, y coincide en esta última direccion próximamente con la linea geodésica cero, que corresponde á los once grados de Reaumur; pero la linea isotérmica al norte y al sud de la linea central, corresponde á los ocho grados del mismo.

Es evidente que la diversidad de los climas se halla en una relacion íntima con la fuerza vegetativa. La vegetacion de la Trans-Caucasia, segun la opinion de observadores de esperiencia, puede dividirse en cuatro clases. La primera empieza en las estériles provincias de las nieves eternas, se estiende en la atmósfera á una altura de mas de once mil piés, y desciende gradualmente entre los once y los siete mil piés de plantas alpestres de especie acicular, propias á la misma latitud norte que los arbustos de las regiones del centro de Europa. Estos arbustos escasean mas y mas entre los siete y cinco mil piés, cambiándose en magníficas florestas que rodean el último grado de esta region con plátanos de Oriente, nogales y olmos enanos de Siberia, formando un pedestal de arbustos punzantes y agudos. La elevacion de esta parte puede graduarse en tres mil piés, ó bien entre los cinco mil y los tres mil. Mas abajo comienza la segunda parte en el centro de la region, en las cuencas del Kur y del Araxes, y muy próxima al mar Caspio: contiene valles profundos; pero carece de bosques espesos por falta de humedad en la atmósfera. Al derretirse las nieves, producen una primavera brillante y prematura; pero su lozanía pasa bien pronto abrasada por el ardor del sol, presentando despues los campos una superficie amarillenta, que casi no se diferencia por su color de las capas de arcilla, y que fatiga la vista del observador hasta llegar á las costas arenosas que rodean la parte occidental del mar Caspio. Los puntos inaccesibles á la influencia inmediata de las corrientes de aire, pero á esta misma altura, corresponden á la tercera clase, á la húmeda y rica vegetacion de los sitios bajos de las cuencas del Rion y del Talisch. Esta parte presenta en el sentido literal de la palabra, la repeticion y el aumento del último grado de la primera parte: en ella se encuentran aquellos mismos árboles, pero los cuales adquieren proporciones mas grandiosas por la influencia del calor y de la humedad; sus troncos se cubren de brotes sumamente fuertes, sobrecargados de vegetales, envueltos frecuentemente en espesas redes verdes, y las ramas, cubriéndolas con sus hojas, forman las variadas cúpulas de verdura que llaman la atencion en los bosques de la Mingrelia y de Lenkoran; los espinos tienen mayor variedad en su impenetrable espesura; los rododendrones cubren las pendientes de las montañas, en general alrededor de los pinos, haciendo recordar algunos por la clase de su verde al triste Norte, al mismo tiempo que las rosas silvestres indican claramente un país del Sud. La transicion de esta parte á la cuarta, que es de alturas mas iguales, presenta una progresion mucho menor: el bosque cesa repentinamente; pero lo penetrante de la atmósfera, propio á esta elevacion de tres mil á cinco mil piés, da aqui mayor desarrollo á las

plantas y mas color á los vegetales; por esta razon, cuando los valles de mas abajo hace ya largo tiempo que estan secos por el ardor del sol, las colinas de esta parte presentan la superficie de la tierra cubierta de verde.

Todas estas cuatro partes de tierra ó regiones se siguen en una armonía evidente, aunque á veces confundidas y cambiadas entre sí en estension de algunas werstas, advirtiéndose alguna variedad en la temperatura, y viendo estepas áridas al mismo tiempo que una vegetacion admirable. Por esta razon se ve aquí esta dendrología, esta flora tan fastuosa: así como el reino animal presenta en rios y mares tan abundante pesca, así en tierra firme hay tan variados modelos como la marta de Siberia y la pantera de Lenkoran. La diversidad de los climas está en armonía con la variedad y la riqueza, tanto en el reino animal como en el vegetal.

Todas estas manifestaciones indican de un modo suficiente la estrecha dependencia en que se hallan la orografía y la climatología de toda la region respecto á la cadena central, por lo cual merecen aun mayor estudio que la variedad ya mencionada que se manifiesta y que la diversidad de todas las poblaciones en que está dividida con sus diferentes particularidades ethnográficas, las cuales son aun mas importantes que el grado que indica su formacion. Mientras mas perceptible se hace la influencia de la cadena del Cáucaso; mientras mas cerrados se hallan sus abismos, mas divididas están sus poblaciones, y por la misma razon mas feroz y desenfrenada es la vida de los habitantes.

Convendría abrazar el aspecto del vasto campo del Ante-Cáucaso que se estiende en mas de diez mil deciatinas (1) y que se dirige particularmente hácia el círculo de montes que rodean el istmo.

El gobierno de Stavropol, que con otra vecindad podria ser una de las provincias mas fértiles de la Rusia, no tiene ni aun poblaciones propias y primitivas, y apenas cuenta un alma de colonos y emigrados por cada cuarenta deciatinas, incluyendo en este número trece mil tiendas de tribus nómadas de nogais, turcos y kalmucos.

Al considerar el Ante-Cáucaso, choca verdaderamente el aspecto de los habitantes de las estepas, armados y dispuestos siempre para la proteccion y la defensa; y á medida que las mil cimas del Cáucaso tocan á las nubes, la vida guerrera de sus habitantes se muestra mas activa, mas atrevida y mas organizada. Aquí se comprende bien que la relacion de Prometeo no podia nacer mas que en el Cáucaso, á través del cual, y solo despues de esfuerzos seculares, pasa únicamente un camino seguro entre poblaciones cristianas, aunque este camino fatiga frecuentemente á los viajeros por las nieves y las avalanchas.

El ejército, colocado al pié de la cadena central, hace hoy esfuerzos incomparables sujetando y reduciendo al orden civil á las tribus que habitan las vertientes septentrionales de los montes. Estas tribus, que solo en esta localidad se estienden al número de treinta y siete mil á cuarenta mil almas de ambos sexos, se dividen entre sí en mas de sesenta ramificaciones ó sociedades de diferentes denominaciones, estrangeras unas á

otras; pero todas ellas animadas mas ó menos de un fanatismo y de presuncion de gran proteccion al Cáucaso. Sin embargo, despues de luchas casi perpétuas, el imperio ruso ha recibido la Georgia y tambien muchas de sus fuerzas que se defendian en sus valles asediados, despues de haber visto los frutos de los planes prudentes de la Rusia. Todo el ejército del Ante-Cáucaso estrecha mas y mas en los montes á las hordas independientes, y se inclina hácia ellas tendiéndolas fraternalmente la mano.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

LA SECUENCIA DE LA MISA DE DIFUNTOS.

LEYENDA.

Dies iræ, Dies illa
Dia de espanto y clamor,
David dice, y la Sibila,
Dia en que al mundo aniquila
El gran poder del Señor;
Dia de fuego y horror,
Pues llamando á nuestra huesa
Reducirá á vil pavesa,
Todo ser y toda hechura;
La riqueza, la hermosura,
Cuanto en el mundo embelesa.

Con estas horribles palabras comienza, y es al mismo tiempo el título de un himno célebre de la liturgia cristiana. Este himno, que todos nuestros lectores habrán oido repetir en las iglesias, porque se canta en el oficio de difuntos, es un himno que se halla perfectamente de acuerdo con el objeto y el momento en que los sacerdotes con voz lúgubre y solemne lo entonan; es el fin del mundo y el último juicio. Todas las alegrías, todos los sentimientos, de tristeza, de esperanza, de terror, las últimas palabras de la agonía, los aullidos del infierno, la voz de los ángeles, encuentran eco en la música misteriosa de la Iglesia. Sin el artificio de las modulaciones, su eco produce sobre el alma iguales efectos á los que producía en los antiguos templos de la Grecia la música de que el canto gregoriano es una sorprendente reminiscencia. San Agustin, aquella inteligencia superior, aquel joven voluptuoso de Tagasthe, cuya alma africana, toda fuego, solo respiraba el placer, y que despues ha sido uno de los padres y doctores mas santos de la Iglesia católica, refiere que muchas veces, en medio de la disipacion de su juventud, al entrar en una basílica y oír los cánticos sagrados, sentía transformarse su corazón y verse predispuesto á su conversion, que mas tarde obró en un momento de melancolía la lectura de los santos evangelios.

No ha conservado la historia el nombre del autor del himno del *Dies iræ*; empero la tradicion cuenta que este himno salvó del suplicio y de la muerte á su autor. Condenado en Roma á la pena capital un criminal, marchaba lentamente acompañado de una inmensa multitud, asistido de los sacerdotes que á su lado recitaban, en son triste y recogido, las oraciones de los moribundos. De repente el reo se pára, y con una voz lúgubre, solemne, que hacia mas interesante la triste situacion en que se hallaba, entonó el himno *Dies iræ*, que habia compuesto en la so-

ledad de su calabozo, y que á falta de papel habia escrito con un punzon en las negras paredes de la cárcel. Al oír el pueblo aquel cántico, aquellas palabras de una composicion profundamente fúnebre, sintió un terror religioso, y pueblo y sacerdotes, y hasta los mismos verdugos, no pudieron menos de estremecerse y derramar lágrimas al llegar á este paso del himno:

*Oro supplex et acclinis
Cor contritum quasi cinis,
Gere curam mei finis.*

Mis ojos para llorar,
Mi pecho para gemir,
Mi alma para sentir,
Mi lengua para clamar,
No los deje de aceptar,
Mi Dios, tu amor paternal.
Y como don especial
De tu suma dignacion,
Te pido con sumision,
Me des la gracia final.

El gobernador de Roma, cediendo al clamor popular, suspendió la ejecucion de aquel desgraciado á quien pidieron copia de aquel himno que tan grande efecto habia producido. Entonces el reo les dijo que lo habia escrito en las paredes de su calabozo. Acompañaronle, y lo vieron grabado sobre sus lóbregas paredes. Se le concedió la gracia de la vida. Aquel himno magnífico por los conceptos que contiene, y porque fué compuesto con la conviccion, la fé y el arrepentimiento, entre los dos mas profundos temores de que puede verse acometido el hombre, la muerte sobre un cadalso en la tierra, y en el instante de entrar en la eternidad, el juicio terrible é inevitable de Dios, fué considerado como una obra maestra y adoptado por la Iglesia en la liturgia del oficio que se celebra por los muertos.

Las dos primeras rimas de este fúnebre himno

*Dies iræ, dies illa
Solvat seculum in fabilla:*

Este dia de cólera,
Este dia reducirá el siglo á cenizas.

contienen en pocas palabras la opinion de los filósofos, paganos y sobre todo de los estóicos, que este mundo debe perecer un dia por el fuego. Ovidio, el tierno poeta de los amores del siglo de Augusto; Séneca, el filósofo español y el grande trágico, hacen mencion en sus obras de esta futura catástrofe. El poeta Lucano la describe tambien.

El evangelista san Márcos nos ha dejado tambien en su evangelio una pintura no menos bella y enérgica del fin que aguarda á los siglos y del modo con que ha de perecer el universo. «Despues de los dias de afliccion, dice, se oscurecerá el sol, la luna no brillará con su luz, caerán las estrellas del firmamento y se conmovrán las potencias que hay en el cielo.»

Semejante catástrofe es muy probable bajo la relacion de un incendio del globo. Sin duda ya ha habido esta catástrofe parcial: en los siglos remotos, un cataclismo ó diluvio de fuego, de que nos hace mencion la historia, ó por mejor decir, la fábula de Faetonte, hijo del Sol, es una conmemoracion incontestable de que ya los gentiles presintieron este final. Sin duda por eso el autor del *Dies iræ, Dies illa*, se apoya para ha-

(1) La deciatina rusa equivale á un acre próximamente.

blar del final del mundo, no solo en el testimonio de las profecias de David, sino en los dichos y escritos de las sibilas. *Teste David cum Sibilla.*

Todos los cánticos de la Iglesia respiran una uncion particular; empero el *Dies iræ* produce una gran sensacion en los ánimos, ya por lo lúgubre de su tono, ya por las circunstancias que acompañan á su canto, cuando enlutados los templos y delante de un catafalco, aun los hombres mas disipados no pueden menos de reconcentrarse en sí mismos, y pensar que ese himno que entonces se canta por sus amigos, por sus conocidos, por los hombres con quienes momentos antes estaban, y que han desaparecido repentinamente por la muerte, habrá un dia en que por ellos se entone ante otros espectadores que vengan, ó piadosos, á pedir por el descanso de su alma, ó mundanos á cumplir con el último obsequio de la vanidad y del orgullo del hombre.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Breves apuntes sobre los propulsores que emplea la navegacion.

Los remos y las velas han sido los primeros aparatos que se han empleado para obtener la propulsion de los buques: sobre las superficies de las primeras desarrollan su accion los vientos y al extremo de los remos se ha aplicado el esfuerzo muscular del hombre. Inútil nos parece ocuparnos de la accion de las velas, por ser de todos conocida: la velocidad que comunican á los buques, depende de la estension de sus superficies y de la intensidad del viento, al cual deben presentarse segun distintas posiciones, con relacion al eje de aquellos. Las velas, puesto que utilizan un motor que la naturaleza nos ofrece sin que sea preciso concurso extraño para su aprovechamiento, son las que mayor economía procuran en la navegacion; en cambio de esta ventaja digna de aprecio, presentan una irregularidad extraordinaria, y de aquí los inconvenientes que en circunstancias dadas ofrecen los buques de vela. Ha sido preciso el concurso constante y regular de un agente descubierto por la ciencia y dominado por el hombre, cual es el vapor, para que pudiese aquel cruzar la superficie de los mares con portentosa rapidez, á pesar de los vientos encontrados que dominan en el espacio y de las corrientes de las aguas. Sin detenernos en reseñar la parte histórica que se refiere al descubrimiento y al empleo de los diferentes propulsores que utiliza la navegacion, es nuestro objeto, en el presente artículo, esponer algunos detalles técnicos respecto á los mismos, dando á conocer brevemente los principios mecánicos sobre los cuales reposa su accion y las principales propiedades que los caracterizan.

Los remos no son otra cosa que palancas rectas, que giran en virtud del impulso que se comunica á uno de sus extremos, alrededor de sus puntos de apoyo, existentes en los costados del bote ó lancha á el cual se aplican; al mismo tiempo el otro extremo de los remos inmergiéndose en el agua, encuentra en esta cierta resis-

tencia que viene á ser en realidad la fuerza motora que tiende á aumentar la velocidad del barco. Asi pues, actúan los remos segun una serie de movimientos alternativos, porque despues de haber girado en un sentido cierta cantidad alrededor de un punto, su extremo se proyecta fuera del liquido, dejando de encontrarse en posicion conveniente para proseguir su efecto, y es preciso para continuarle, que gire nuevamente el remo alrededor de su punto de apoyo, pero en sentido contrario al del movimiento anterior. La resistencia que opone el agua á la accion de los remos, es tanto mayor cuanto mas notable sea la superficie que presentan al liquido, y mas intensa la velocidad con la cual choca esta con el agua. Para que produzcan una accion conveniente, sin que sea indispensable comunicarles gran velocidad, se ensancha la parte del remo que debe inmergirse en el agua, conservando tan solo á la misma el espesor mínimo que requiere en ella su resistencia; de esta manera, con el aumento de superficie al cual acabamos de contraernos, se facilita el manejo del remo, puesto que se consigue el mismo efecto que se hubiera obtenido aumentando su velocidad. Debe ser igual el número de remos que han de actuar en los dos costados del buque, pues de no cumplirse esta condicion, la resultante de las diferentes impulsiones á este comunicadas, no poseeria la misma direccion que su eje, lo cual tenderia á desviarlo del camino que deba recorrer. El empleo de un gran número de remos origina serios y diversos inconvenientes, motivo por el cual han dejado de aplicarse á barcos de algun porte y para travesias de consideracion.

Dos ruedas de paletas, montadas cada una en los extremos de un árbol horizontal que cruza el barco perpendicularmente á su eje, y situado próximamente en la mitad de su longitud, recibe la accion de las máquinas de vapor, transmitiendo un movimiento de rotacion á las ruedas, provistas de las paletas que se inmergen en el agua cuando se encuentran en la parte inferior de la circunferencia que aquellas describen. Las paletas de las ruedas que nos ocupan, funcionan absolutamente de una manera análoga á la de los remos. Cual estos, actúan consideradas aisladas, segun periodos intermitentes, puesto que despues de haberse inmergido en el liquido, lo abandonan moviéndose en el aire, para volver á inmergirse nuevamente. La presion que ejerce el agua sobre las paletas, es la que ofrece á estas el punto de apoyo en el cual actúan para originar la propulsion del buque. Tanto los remos, como las ruedas de paletas y los tornillos ó hélices, de los cuales no tardaremos en ocuparnos, tienen forzosamente que desarrollar una cantidad de trabajo mayor de la que en rigor se necesita para vencer las resistencias que se oponen á la propulsion de los buques. Pasemos á esplicar este hecho.

Observemos desde luego que todos los aparatos de propulsion que utiliza la marina, solo encuentran un punto resistente comunicando al liquido en el cual actúan, un movimiento dirigido en sentido contrario del que han de transmitir al buque. El esfuerzo que para esto se desarrolla es una pérdida notable, ocasionada por la naturaleza del agua que no ofrece una resistencia fija á la accion de los propulsores, cual la que presentan los carriles á la traccion que efectúan las loco-

motoras que recorren los caminos de hierro. En el agua, volvemos á repetir, dista mucho de ser completamente resistente, cede á la accion de los remos, de las ruedas de paletas y de las hélices, y el movimiento que adquiere, absorbe, segun hemos manifestado, una fraccion notable del trabajo que desarrolla el motor que se trasmite á los propulsores. Si el agua fuese completamente resistente, el camino recorrido, por ejemplo, por un buque de vapor de ruedas, seria igual durante diez revoluciones de estas al desarrollo de la circunferencia que el extremo exterior de las paletas recorre, multiplicado por diez; mas no acontece así, en virtud del movimiento que adquiere el agua, mediando una diferencia harto notable entre la velocidad del buque y la de las ruedas. Esta diferencia que denominaremos *resbalo*, se compara comunmente con la de la rueda que se acepta por unidad, y así se dice, por ejemplo, que el resbalo es de tres décimos, ó lo que es lo mismo, que la velocidad del buque viene á ser los siete décimos de la que poseen las ruedas.

Se denomina *centro de accion* de las paletas el punto en el que se ejercen la presion y la resistencia media, el cual no es invariable tanto porque actúan aquellas de una manera oblicua al inmergirse, como por entrar en el liquido gradualmente: se aprecia que el centro de accion se encuentra situado entre el cuarto y el tercio de la paleta, á contar desde el borde exterior de la misma. Se determina la inmersion de las ruedas, situando una de ellas en situacion vertical y midiendo la cantidad que penetra en el agua desde el nivel de esta hasta el borde exterior de la paleta que se encuentra en situacion vertical. Cuando al girar las paletas en su marcha normal dirigiéndose de la proa á la popa del buque, pasan ya de la vertical trazada por el centro del árbol que las pone en movimiento, principian á elevar la columna de agua que actúa sobre ellas, y el esfuerzo motor que se consume en esta operacion, no se utiliza respecto á la velocidad del buque. Para destruir este inconveniente se construyen las ruedas con paletas *articuladas*, cuyo sistema, por el empleo de aparatos adecuados, se consigue que al penetrar y al salir aquellas del agua, lo efectuen segun ángulos convenientes. La suma de la superficie de las paletas guarda proporcion con la seccion máxima sumergida del buque al cual deben poner en movimiento. Su altura, número, construccion y demás elementos que influyen sobre su efecto, se han estudiado concienzudamente; pero no creemos conveniente ocuparnos de estos detalles, en razon al carácter elemental de este escrito.

La *hélice* es el nuevo propulsor que va reemplazando á las ruedas de paletas, y que ya hoy ofrece ventajas positivas y dignas de aprecio, tanto á la marina militar como á la mercante. Para comprender su accion, supongamos un buque provisto de un eje horizontal, situado segun su longitud ó eslora, y en el que se halle sólidamente ajustado un tornillo de un diámetro y de un paso conveniente. Si comunicamos al eje un movimiento de rotacion, y si el tornillo se encuentra in troducido en una tuerca mantenida en una situacion invariable, es de todo punto evidente que al girar el eje y el tornillo comunicará al buque cierto movimiento de traslacion, tal cual

lo efectúa, respecto al plato superior de una prensa, el husillo de la misma al ponerlo en movimiento por medio de las ruedas ó palancas á las cuales se aplica el esfuerzo del motor. La hélice, pues, es un verdadero tornillo, y su diferencia respecto á este, solo consiste en que en vez de actuar sobre una tuerca fija, lo verifica sobre el agua que viene á ser la tuerca el móvil que ofrece un punto de apoyo al propulsor, que comunica al buque un movimiento de traslación, que dependerá, respecto al camino recorrido, del número de revoluciones que efectúe la rueda, ó de su paso, que es la cantidad de la cual adelanta en línea recta la hélice por cada una de las revoluciones que verifica; y respectivamente al sentido del movimiento del buque, del sentido en el cual efectúen sus revoluciones las hélices, pues es sabido que un tornillo, volviendo á la comparación que hemos asentado anteriormente, asciende ó desciende, respecto á la tuerca inmóvil que recorre, según sea el sentido en el cual efectúa sus revoluciones.

Las hélices se sitúan generalmente en la popa de los barcos, en su parte inferior y en el plano vertical que pasa por su eje, encontrándose sumergidas á una pequeña distancia del timón. Ya hemos dicho antes que la hélice posee cierto *resbalo*, originado por el movimiento del agua: un tornillo que actúa en una tuerca fija, recorre rectilíneamente una longitud igual á su paso, así sucedería respecto á la hélice si el agua que reemplaza á la tuerca no cediese á la acción del propulsor; en este caso el barco no recorre una longitud igual al paso de la hélice en cada una de sus revoluciones. Así, pues, la diferencia entre el camino recorrido por el buque de vapor y la longitud del paso de la hélice, multiplicada por el número de revoluciones que haya efectuado el buque en el tiempo que se considere, es el resbalo de la hélice. La forma de esta, el número de sus alas ó ramas, su situación en el cubo del propulsor y los demás detalles que se contraen á su montura, construcción y modo de operar, no pueden ocuparnos, porque exigirían más espacio del que podemos disponer; solo manifestaremos, que examinando la instalación del propulsor que nos ocupa, se vea de ver desde luego que ofrece notables ventajas en la navegación marítima comparado con las ruedas, debido á lo regular de su acción, lo cual no acontece en aquellas, que, por efecto de los movimientos del mar y por la diferencia que media entre su calado al hallarse completa ó aligerada su carga, se inmergen de una manera desigual, siendo muy diferentes las presiones que sobre ella desarrolla el agua. Por esta razón quedó probada desde luego la ventaja de las hélices en la navegación marítima, en las condiciones de irregularidad que originan el mal tiempo, y la acción de los vientos y de las corrientes.

La adopción de la hélice como propulsor de la marina militar, ha creado el buque de guerra: sirvan de ejemplo esos navios y fragatas de línea que, sin tener que sacrificar su artillería por la situación del propulsor, cual acontece en los buques de ruedas, poseen máquinas y propulsores no expuestos cual aquellas á la acción de los cañones enemigos. La hélice además ha creado el tipo de los barcos mistos, en los cuales el vapor es el auxiliar de las velas, reuniendo de esta

suerte la acción de dos propulsores, las velas y la hélice. Digamos, por último, que Mr. Brunel, al construir el *Leviathan*, ha reunido para la propulsión de tan inmenso bajel, la hélice, las ruedas y las velas.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Son muy curiosos los pormenores que, á propósito de la solemne apertura del primer parlamento del nuevo Reino italiano, comunica á uno de nuestros colegas, su corresponsal de Turin. Oigámosle.

«El salón del Senado, dice, donde la apertura se verificó, y que ha sido ricamente adornado, estaba cuajado de gente. Los senadores y diputados de Italia apenas cabían en su recinto. Allí estaban Poerio, Manzoni y Guerrazi, al lado de Cavour, Azeglio y Farini. A las diez y media la duquesa de Génova y los hijos del rey entraron en la tribuna que les estaba preparada. En la del cuerpo diplomático se veían los representantes de Inglaterra, Francia, Turquía, Suiza, Brasil y Suecia. Los demás estaban ausentes de Turin, ó por motivos especialísimos, habían dejado de asistir á esta sesión oficial y parlamentaria del nuevo Reino italiano. A las once, el rey, que en la carrera había sido acogido con los más estrepitosos aplausos, entró en el salón, y ocupando el trono, admitió el juramento de más de doscientos diputados y de gran número de nuevos senadores. Cavour y el romano Mamiani leyeron la fórmula del juramento. En seguida, con voz sonora y actitud de soldado en un día de batalla, S. M. leyó el discurso, que fué interrumpido en muchos parajes con ruidosos aplausos y gritos de *viva el rey!* El público advirtió que las palabras relativas á Roma no fueron leídas, sino pronunciadas con gran energía por el rey, y que el semblante de Víctor Manuel se turbó cuando le fué preciso anunciar solemnemente el sacrificio de la Saboya. En este punto del discurso régio reinó un silencio elocuentísimo en todo el recinto del salón. El rey fué acompañado á su salida de las más entusiastas aclamaciones, y pocos momentos después la guardia nacional desfiló por debajo de los balcones de palacio.»

En Roma corrian voces de que Víctor Manuel había reclamado los presos políticos pertenecientes á las Legaciones.

De la citada capital escriben que el general Lamoriciere ha sido muy bien recibido por el papa. El secretario del duque Cesarini había sido desterrado; pero varios de los presos por los sucesos del 19 del mes último han sido puestos en libertad. Nuestros lectores recordarán que en dicho día hubo en la capital del orbe católico una gran demostración política, en celebridad de los días del general Garibaldi.

Prusia ha contestado á la nota suiza, diciendo que el gobierno se pondrá de acuerdo con los de las otras grandes potencias, para tratar de obtener, de acuerdo con ellas, condiciones favorables á la Suiza.

A Londres ha llegado Mr. Desarcoes, enviado suizo, para representar los intereses de su país cerca del gabinete inglés, y pedir la reunión de un congreso. El *Times* se inclina en favor de la Suiza; pero añade «que Inglaterra no se encar-

gará de una misión que pertenece á toda Europa.»

El *Diritto* publica el siguiente manifiesto de Garibaldi á los napolitanos:

«Hermanos de Nápoles: el óbolo que consagrais á la suscripción nacional, es un feliz augurio para el porvenir de la patria, pues sabido es que os cuesta grandes sacrificios.

«Vosotros faltabais al consorcio nacional; pero nadie había dudado por eso del generoso patriotismo de nuestros hermanos del Mediodía. Con este acto habeis completado la unidad italiana; con vuestro voto al patriótico programa *Victor Manuel é Italia*, habeis coronado el edificio del porvenir de nuestra patria.

«Toda mi vida he deseado combatir á vuestro lado contra los enemigos de Italia.... Creo que esta vez se cumplirá mi deseo.—Vuestro.—J. GARIBALDI.»

El general Lamoriciere se alojó en Ancona en el palacio del delegado. Las legaciones de Francia é Inglaterra en Florencia han retirado su pabellón.

Se han recibido noticias de Nápoles, por las que sabemos que continuaban los envíos de tropas á Sicilia. En Nápoles era grande la agitación. Los insurrectos, cuyo número se acerca á 10,000, bien armados, se reconcentraban en el interior de la Sicilia, y habían roto el canal que comunica con Palermo: en esta ciudad son atacadas las tropas todas las noches. La escuadra napolitana recorre las costas de la espresada isla. Las cartas de Nápoles dicen que una multitud de ochenta mil personas había invadido á las seis de la tarde la calle de Toledo, dando vivas á la Constitución; pero la fuerza armada hizo desocupar la calle.

Dícese que la excomunión últimamente lanzada por el papa no será la última palabra del Vaticano. Se fulminará, al fin, según dice un periódico italiano, el interdicto religioso directamente contra Víctor Manuel; y si esto no se ha verificado ya, se debe á la hábil intervención del embajador francés en Roma.

La duquesa de Parma ha protestado contra la anexión de su ducado al Piamonte. Parece que la Inglaterra y Prusia apoyan á la Suecia en la cuestión de pedir la reunión de un congreso europeo; pero se dice que el Austria se abstendrá de toda gestión relativa á este asunto.

Escriben de Turin que el partido exaltado, teniendo á su frente á Garibaldi, se agitaba mucho para hacer llegar á desecharse por el parlamento el tratado de cesión á la Francia de la Saboya y Niza. Pero el gobierno piamontés se muestra decidido á cumplir sus obligaciones y á combatir las pretensiones del partido exaltado. Mr. Cavour ha declarado formalmente que presentaría su dimisión, si era rechazada la ratificación del tratado. Lanza ha sido elegido presidente de la cámara de diputados, por 129 votos, de 219 votantes.

El diario oficial de Roma publica el nombramiento de Lamoriciere como general en jefe de las tropas pontificias.

El ministerio inglés ha mandado establecer un telégrafo submarino entre Londres y Gibraltar. Los periódicos ingleses insertan nuevos documentos diplomáticos, relativos á la cuestión del Chablais y del Faucigny (Suiza). Todas las probabili-

dades están por un arreglo amistoso y directo entre Francia y Suiza. Parece que la primera ofrece no tener flotilla en el lago de Ginebra y no fortificar la costa de Saboya.

Un periódico de Berlin cree que se trata de formar una alianza entre Inglaterra, Austria y Prusia, para velar por el principio de neutralidad.

Segun una correspondencia de Roma, la situación de esta ciudad es tan crítica, que para impedir fuesen arrancados los Breves de excomunion, fué preciso poner guardias en las esquinas donde estaban estampados.

La *Opinion*, diario de Turin, dice que el gobierno napolitano ha pedido al inglés alejase la escuadra que mantiene en el golfo de Nápoles, atendiendo á que puede ser causa de inquietud en la capital, animando al mismo tiempo á los descontentos. Pero el gobierno inglés ha respondido que no podía consentir en lo que se le pedía, por ser muy poco satisfactoria la situación del reino napolitano, é indispensable la presencia de la escuadra donde está, para proteger los súbditos ingleses.

Parece que, desechado el pensamiento de sustituir las tropas francesas por napolitanas en sus Estados, el papa quiso formar un ejército con los contingentes de las naciones católicas; pero también abandonó esta idea, porque podía producir complicaciones. La última decisión es la de mantenerse con sus propias fuerzas, una vez organizadas por el general Lamoriciere.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—Las obras de la Puerta del Sol adelantan rápidamente. En la mayor parte de los solares estarán muy pronto los cimientos en disposición de que pueda colocarse la sillería, y si, como es de creer, no hay ninguna interrupción en el próximo otoño, según hemos oído calcular á personas competentes, quedará construido el alero de las nuevas casas.

—Ha comenzado á colocarse la cañería del gas para iluminar los jardines de la plaza de Oriente.

—El gremio de panaderos de esta corte, según uno de nuestros colegas, se ha acercado al alcalde corregidor, solicitando que, mediante la aprobación del gobierno de S. M., se lleve á cabo un arreglo que, descansando en bases equitativas, ponga término de un modo definitivo á las mil cuestiones que hasta aquí se han suscitado sobre el precio del pan, conciliándose de este modo los intereses particulares con los públicos.

—Han sido declaradas de segundo orden las carreteras de Salamanca á Ciudad-Rodrigo, y de Orense á Lugo.

—La Compañía general de minas en España, dueña actualmente de la concesión del ferrocarril de Quintanilla de las Torres á Orbó, hecha á D. Santos Gandarillas, después de haber consignado en la caja general de depósitos la garantía exigida por la ley, inauguró el día 19 de marzo próximo pasado, á presencia del ingeniero, de las autoridades locales y de algunas personas notables del país, los trabajos de esta vía férrea que tan buenos resultados promete á la empresa

y á toda aquella importante cuenca carbonífera

—Unas casas inglesas se van á hacer cargo de la construcción del ferrocarril de Málaga. La actual sociedad figurará en la empresa por la cantidad de 20 millones, de los cuales cuatro serán para una obra pública á beneficio de la capital; las referidas casas representarán en la sociedad todo el capital restante hasta los 204 millones, deducidas las cantidades por subvención y propios.

—En una de las recientes excavaciones que se están haciendo en los terrenos del Palau (Barcelona) y á muchos piés de profundidad, se ha descubierto un gran trozo de un mosaico, perfectamente conservado, que representa un circo, y que cuando menos, se calcula que cuenta quince ó diez y seis siglos de existencia. Examinado por personas competentes, dícese que ha sido considerado como un verdadero tesoro arqueológico.

—Se va á establecer una nueva línea de vapores entre Santander, el Havre de Grecia y Amberes.

—El valor de los documentos amortizados por la junta de la Deuda en el mes de diciembre último, asciende á 128.349,839 rs. 20 cs., incluidos los intereses.

Además se han quemado 24,942 carpetas de vales presentados á su renovación en mayo y setiembre de 1808.

—La Academia de Ciencias ha abierto concurso público para adjudicar tres premios á los autores de las mejores memorias sobre los siguientes temas:

1.º Explicar de una manera satisfactoria el fenómeno conocido bajo el nombre de *luz zodiacal*.

2.º Demostrar con experimentos el fenómeno de la nitrificación en general y causas más influyentes en la misma, esponiendo al propio tiempo los medios más ventajosos de favorecer la nitrificación natural de nuestro país.

3.º Describir las rocas de una provincia de España y la marcha progresiva de su descomposición, determinando las causas que la producen, presentando la análisis cualitativa de la tierra vegetal formada de sus detritus; y cuando en todo ó en parte hubiere sedimentos cristalinos, se analizarán mecánicamente para conocer las diferentes especies minerales de que se compone el suelo, así como la naturaleza y circunstancias del subsuelo ó segunda capa del terreno; deduciendo de estos conocimientos y demás circunstancias locales las aplicaciones á la agricultura en general, y con especialidad al cultivo de los árboles.

El premio consistirá en una medalla de oro y 6,000 rs.: el *accesit* solo dará opción á la medalla. El concurso quedará cerrado el 1.º de mayo de 1860.

—S. A. R. el príncipe de Asturias ha sido inscrito por 500 acciones (un millón de reales), como primer suscriptor de la empresa que se trata de formar para la construcción de la parte de ferrocarril comprendida entre Palencia y Leon.

—Se ha celebrado en Madrid, el 10 de los corrientes, la inauguración de la *Sociedad Hahnemanniana Matritense* en el local de la Academia de jurisprudencia. El presidente de la sociedad Sr. Hisern leyó al abrirse la sesión un discurso en que procuró demostrar las excelencias de la doctrina homeopática, justificando su propaga-

ción en todas partes por medio de la estadística de los médicos que la han abrazado, y el aumento progresivo de establecimientos públicos donde se ejerce y se enseña. Después de este discurso, el secretario de la sociedad, Sr. Esquiroz, dió cuenta del acta en que se acordó la inauguración, y por último, el Sr. Nuñez leyó otro discurso *sobre el método en medicina*, elevándose en la apreciación de los tiempos y de las escuelas médicas á puntos de vista verdaderamente filosóficos y trascendentales, y anunciando las ideas más abstractas con esquisita propiedad y notable elocuencia.

—La anual memoria presentada en la última junta general por la señora duquesa viuda de Gor, digna vice-presidenta de la asociación de Beneficencia domiciliaria de Madrid, merece que la consagremos algunas líneas. Debidos en su mayor parte á los cuantiosos donativos de S. M. y real familia, han ascendido á la admirable suma de 905,452 rs. y 95 cs. las entradas en el año anterior, de cuya cantidad se han distribuido 560,436 para socorro de 14,902 necesitados, sin incluir en estos los acogidos en las casas de caridad, quedando por consiguiente 345,026 rs. y 95 cs., que permiten emprender con seguridad nuevas obras de misericordia.

RÓMULO.

CRÍTICA TEATRAL

TEATRO DEL PRINCIPE. —CARICATURAS, comedia en tres actos y en verso, original de don Enrique Perez Escrich. —TEATRO FRANCÉS. —CONSERVATORIO DE MUSICA Y DECLAMACION.

El círculo de nuestros teatros se va estrechando cada día más y más, hasta el extremo que el único teatro de verso que hoy nos queda es el del Principe. Los demás han ido muriendo de consunción, después de largas y penosas crisis, que han terminado como todos saben. Hoy solo nos queda, como decimos, el coliseo del Principe, que, cual poderoso atleta, permanece de pié afrontando la lucha, siendo muy probable que no se dé por vencido hasta concluir honrosamente la temporada. A él, pues, habremos de acudir para dar cuenta á nuestros lectores de la última novedad que ha puesto en escena. Ha sido esta una comedia en tres actos titulada *Caricaturas*, y estrenada á beneficio de la señora Palma. Su éxito ha sido bueno, y la crítica se ha visto obligada á enmudecer, atendidas las modestas pretensiones de la última obra del Sr. Escrich. Su objeto está reducido á presentar en caricatura algunos tipos de nuestra sociedad actual, y en esta parte debemos confesar que el Sr. Escrich los ha fotografiado con bastante gracia y ligereza. En efecto, un diálogo chispeante, escenas llenas de vida y movimiento, y personajes á cual más cómicos, hé aquí lo que constituye el fondo principal de las *Caricaturas*; verdad es que carece de argumento y que la mayor parte de los personajes entran y salen á la escena cuando y como se les antoja; pero el público que desde los primeros versos comprendió que solo se trataba de una obra ligera, cuyo único objeto era hacer reír, aplaudió más de una vez

y con la mejor voluntad, en gracia del buen rato que había pasado, llamando al autor al palco escénico á la conclusion de la obra; empero el Sr. Escrich tuvo el buen gusto de no presentarse, confirmando de este modo la poca importancia que daba á aquel juguete: en la ejecucion se distinguieron el Sr. Catalina (D. Manuel) y la señora Valverde. La única cosa notable de esta funcion, ha sido que anunciada á beneficio de la señora Palma, no haya tomado parte esta actriz ni en la comedia ni en la pieza final, circunstancia desusada que el público no dejó de comentar á su modo.

El teatro francés se ve actualmente muy favorecido por el público elegante de la corte, á causa no solo de la clausura del teatro real, sino tambien porque su celoso y entendido director, Mr. Couturier, procura poner en escena las obras mas aplaudidas del moderno repertorio. Durante estas últimas noches han continuado con muy buen éxito, y dando escelentes entradas á la empresa las representaciones del gracioso *vau-deville* en cinco actos *Les Enfers de Paris*, en el que todos los actores de la compañía han recogido abundante cosecha de aplausos, y en particular Mlle. Potel, que ha desempeñado ocho papeles distintos con suma gracia y perfeccion. Para el beneficio de la simpática é inteligente Mlle. de Courtais, se ha puesto en escena la comedia del célebre Octavio Feuillet, titulada *Le Roman d'un jeune homme pauvre*, de cuyo éxito así como de la ejecucion, daremos cuenta en nuestro próximo número.

Por último, en el Real Conservatorio de declamacion y música ha tenido lugar una solemne funcion á beneficio de los heridos en Africa, y en la cual se hizo la distribucion de premios del último concurso.

Dicha funcion constaba de dos partes: dramática la primera, y lírica la segunda; en la dramática se representó la lindísima comedia del imitable Breton de los Herreros, *A Madrid me vuelvo*, que fué desempeñada de un modo magistral. Con decir que tomaron parte en ella los dos hermanos Romea, Arjona (D. Joaquin), Pizarroso y la Berrobiano, creemos que nuestros lectores habrán comprendido que fué una verdadera solemidad artística. — La escogida y brillante concurrencia que llenaba el salon aplaudió como pocas veces, y con una espontaneidad de que hay raros ejemplos.

No fué menos aplaudida la parte lírica: entre otras, la pieza de la ópera *D. Rodrigo*, puesta en música por el Sr. Navarro, agradó mucho á los concurrentes.

No habiendo asistido SS. MM., el señor ministro de Fomento hizo la entrega de los premios á los alumnos, cuya lista nos complacemos en publicar para que sirva de estímulo á la juventud estudiosa. Héla aquí:

Doña Enriqueta de Toda, segundo premio de canto.
Doña Francisca Muñoz, idem id. de declamacion.
Doña Elisa Boldum, id. id. id.
Doña Pilar Boldum, id. id. id.
Doña Cesárea Zafra y Mora, id. de órgano.
Doña Trinidad de Castro, id. de solfeo.
Doña Cecilia de Cárdenas, accesit de canto.

Doña Maria Landi, accesit de declamacion y de arpa.

Doña Emilia Sanz, id. de declamacion.
Doña Adelaida Fernandez Guijarro, id. de id.
Doña Cristina Lecca, id. de id.
Doña Inés Blanco, id. de piano.
Doña Rosario Vicent, id. de id.
Doña Margarita Garcia, id. de arpa.
Doña Ana de la Haza, id. de solfeo.
Doña Dolores Trillo, id. de id.
D. Remigio Ozcoz y Calahorra, medalla de oro de conclusion de la carrera de compositor.
D. Mariano Navarro, id. id. id.
D. Luis Lopez, primer premio de flauta.
D. Anastasio Torres, id. id. de contrabajo.
D. Manuel Fernandez, segundo premio de piano.
D. Rafael Taboada, id. id.
D. José Gonzalo, id. id.
D. Desiderio Moltó, id. id.
D. Manuel Pardo, id. de violin.
D. José Serrano, id. de contrabajo.
D. Joaquin Gonzalez Ramos, id. de flauta.
D. Antonio Aguado, id. de clarinete.
D. Manuel Velasco, id. de id.
D. Gregorio Viana, id. de declamacion.
D. Gabriel Arias, id. de solfeo.
D. Carlos Beltran Posat, accesit de armonía.
D. Juan José Fernandez, id. de canto.
D. Blas Arnal Campos, id. de id.
D. José Pinilla, id. de piano.
D. Manuel Perez, id. de violin.
D. Juan de la Cruz Rodriguez, id. de clarinete.
D. Marcelino Parrondo, id. de id.
D. Florentino Echevarria, id. de flauta.
D. Vicente Perez, id. de trompa.
D. José Ovejero, id. de arpa.
D. Pedro Urrutia, id. de solfeo.

El teatro de Jovellanos ha continuado poniendo en escena la zarzuela *Los Circasianos*, cuya música, muy superior en mérito al libreto, agrada mas cada noche.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

La Jeunesse de Catherine II, par Mr. Charles de BOUZET. Un vol. in-12°; Franck.

Hasta ahora solo era conocida la juventud de Catalina II, por el testimonio de sus enemigos: sus memorias, escritas en francés por ella y sus hijos, han sido recientemente publicadas en Londres por Mr. Herten. El carácter de autenticidad que las realza, las pone al abrigo de toda sospecha, y ya un historiador alemán muy concienzudo, Mr. Kurd de Schloser, se ha aprovechado de ellas en su obra, concerniente á Federico el Grande y Catalina II. Con arreglo á las dichas memorias, ha rehecho Mr. Charles Bouzet la biografía de Catalina. Su libro es el análisis de un carácter de mujer y un estudio de las costumbres rusas en el siglo XVIII. La ambicion y los amores de Catalina, las extravagancias de su marido, las singulares costumbres de la emperatriz Isabel y de su corte, componen un cuadro interesante, cuya exactitud histórica se agrega á la brillantez de la narracion.

Histoire des ducs et des comtes de Champagne, par Mr. D'ARBOIS DE JUBAINVILLE. Un vol. in-8°; Durand.

Esta historia, que alcanza desde el siglo VI hasta fines del XI, es una de esas monografías, que se hacen frecuentemente habituales, y cuyo gusto se ha propagado tambien por el público. Nada corresponde mejor á semejante habitualidad de verdad crítica, introducida por Agustin Thierry, como el esclarecer unos mediante otros los diferentes particulares de la historia de Francia, en sus varias épocas y en las diversas provincias, en que haya de considerarse. Pero solo cuando se hallen ya reunidos todos estos distintos materiales, es cuando podrá elaborarse al fin, con su sustancia, la verdadera historia general, fiel y completa, que todavía hace falta á las nacionalidades europeas. El libro de Mr. D'Arbois de Jubainville debe contribuir en parte á tal resultado.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

Jeanne d'Arc, par H. VALLON, membre de l'institut. Paris, 1860. 2 vol. in-8°, 50 rs.

Etudes médico-chirurgicales sur les déviations utérines, par le docteur B. DUNAL. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 15 rs.

Essai sur la conservation de la vie, par M. le Vicomte de LAPASSE. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 32 rs.

Œuvres de Goethe; traduction nouvelle, par Jacques PORCHAT. Paris, 1860. 3 vol. in-8°, 76 rs.

Œuvres de Schiller; traduction nouvelle, par Ad. REGNIER, membre de l'institut. — Poésies. Paris, 1859. Un vol. in-8°, 25 rs.

Contes fantastiques, par ERCKMANN-CHATRIAN, auteur de l'illustre docteur MATHEUS. — L'Esquisse mystérieuse Gretchen. — Entre deux vins. — La lunette de Hans Schnaps. — Crispinus, ou l'histoire interrompue. — Le rêve du Cousin Elof. — L'oreille de la Chonette. — Les fiancés de Grinder-Wald. — Le combat de coqs. — La montre du Doyen. — Les trois âmes. — Le sacrifice d'Abraham. — Hans Storkus. — L'araignée Crabe. Paris, 1860. Un vol. in-12, 9 rs.

Traité politique de B. de Spinoza, traduit en français pour la première fois, annoté, suivi d'un index analytique et accompagné de trois plans des trois différentes formes de gouvernement, par J. G. PRAT. Paris, 1860. Un vol. in-12, 22 rs.

Histoire ecclésiastique des franes, par SAINT-GREGOIRE, évêque de Tours (depuis 573 jusqu'en 594), suivie d'un sommaire de ses autres ouvrages, et précédée de sa vie, écrite au X^e siècle, par Odon, abbé de Cluny; traduction nouvelle, par Heni BORDIER. Paris, 1859. Tome premier in-12°, 14 rs.

Mémoires de Jean Sire de Joinville, ou histoire et chronique du très-chrétien roi Saint Louis, publiés par M. Francisque MICHEL, précédés de dissertations, par M. Ambr. Firmin DIDOT, et d'une notice sur les manuscrits du Sire de Joinville, par M. Paulin PARIS, membre de l'institut. Paris, 1859. Un vol. in-12, 22 rs.

Extrait du traité élémentaire des machines à vapeur marines, redigé d'après le programme du concours pour le brevet du maître au cabotage, par A. ORTOLAN, premier maître mécanicien de la marine impériale, avec 6 planches gravées sur acier, et des figures dans le texte. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 22 rs.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario. —



ANTES.

¡Guerra, guerra al audaz marroquí! Sí, sí.

SUMARIO. *El Rey de las tinieblas*, por Gustave Aimard, pág. 257.—*Guillermo*, por D. Antonio Marco y D. Martin Petrea, pág. 261.—*Viaje á China*, por lord Macartney, pág. 263.—*Descripcion del Cáucaso*, por M. A. de Erro, pág. 266.—*Seccion religiosa*, pág. 267.—*Seccion científica*, pág. 268.—*Crónica estranjera*, pág. 269.—*Crónica española*, pág. 270.—*Crítica teatral*, pág. 270.—*Bibliografía estranjera*, pág. 271.—*Boletín bibliográfico*, pág. 271.

CHAMBERI DE MADRID : 1860.—Imp. de Bailly-Bailliere.